

dole era aquella vna empreſſa, que no ſaldria felizmente, por mas fatigas que padeciſſe por conſeguirſe: que ſiendo los Chiquitos, como dezian, muy barbaros, y beſtiales, como avia de poder ſujetarlos de grado al yugo de Chriſto, y refrenar ſus depravadas coſtumbres con la eſtrechez de la Ley Evangelica, quando ellos jamàs avian querido aplicarse à ninguna de tantas idolatrias de los conſinantes, con ſer muy conformes con la diſolucion de ſus procederes? Como avia de introducir el amor de Dios, y del proximo en coraçones faltos, aun de lo que la naturaleza dicta à las fieras mas crueles, y ſalvages? Que era mucha ſu animoſidad, ſi yà no era temeridad, reſteſta de zelo, en querer arrojarſe à morir, ò quando menos mal, le fueſſe à ſer vendido barbaramente, que no ſe fiſſe de la voluntad, que aquellos ſalvages avian moſtrado de querer ſer Chriſtianos, pues ſolo lo hazian à fin de dexar deſcuidar à los Eſpañoles, y cogiendolos de improviſo, robarles las haciendas con insultos. Y que quando aquellas razones no le convenciſſen para deſiſtir de la empreſſa, advertiſſe, y ſupieſſe, que el clima era ſobremanera nocivo à la complexion de los eſtraños: y que padeciendo caſi todos los años contagio aquellos Pueblos, no le perdonarian à el. Que por tanto, enderezafſe ſus deſignios à otras mies, y eſcogieſſe otro campo, que correſpondieſſe

ſe al cultivo, con fruto mas digno de ſus fatigas.

Con eſtos, y otros argumentos de eſte jaez, procuraban muchos Cavalleros (mejor dirè el miſmo inferno) apagar la encendida caridad, que ardia en el pecho del Padre Joſeph; pero viendo que nada aprovechaba, inventò otra maquina mas formidable. Eſta fue el interès, vnico contagio de las coſas hechas, ò que ſe han de hazer por Dios. Aviaſe formado tiempo antes vna Compañia (llamemola aſi) de Mercaderes Europeos, que hazian feria de los Indios, y los compraban tan varatos, que vna muger, con ſu hijo, valia tanto como entre noſotros vale vna oveja con ſu cordero. Entraban eſtos en las Tierras de los Indios circunvezinos, y en breve tiempo hazian gran preſa de eſclavos: y quando no tenían baſtantes, ſo color de vengar alguna injuria recibida, daban de improviſo ſobre las Rancherias, y paſſada à cuchillo la gente que podia tomar armas, ò ſino abraſada viva dentro de ſus caſas, llevaban cautiva la chuſma, y vendian en el Perù eſtas mercancías muy caras, con que al año montaba la ganancia muchos millares de eſcudos. Llevaba muy mal la piedad de los Eſpañoles, que la codicia deſtruyefſe, y acabafſe aquellos Pueblos, y infamaſſe el buen nombre de la Nacion, y no menos ſe ſentia la Fè, de que tales maldades de los ſuyos la deſacre-

ditassen, è hiziesen sumamente abominable con todas aquellas Naciones: pero por no romper à las clarras con aquellos Mercaderes, y alborotar la Provincia, no se atrevian los Regidores à reclamar en Tribunal Supremo; hasta que los años passados, estimulados de nuestros Misioneros, de los Moxos, y de los Chiquitos, se quexaron gravemente en la Real Audiencia de Chuquisaca; pero por aver ido à defender mercancías tan iniquas en la Audiencia cierta persona de mucha autoridad, y juntamente muy rica, y poderosa; aquel Sapientissimo Senado, temeroso de alguna revolucion en la Provincia, tuvo por consejo mas acertado remitir toda la causa al Principe de Santo Bono, Virrey, y Capitan General de estos Reynos del Perú, quien con christiana generosidad despachò rigurosas Provisiones, so pena de perdimiento de bienes, y destierro del País, à qualquiera que offasse comprar, y vender à los Indios: y al Governador que lo permitiesse, condenò en privacion de Oficio, y multò en doze mil pesos para el Fisco Real. De esta manera, con incomparable gozo, y jubilo de los Españoles, se desterrò, y exterminò totalmente de toda aquella Provincia de Santa Cruz de la Sierra esta infame mercancía, que apoyada de la codicia, se avia mantenido allí de pie firme, con gran dolor de los zelosos. He querido referir aquí todo lo dicho, atendiendo mas al enla-

ce de los sucesos, y que à las circunstancias de los tiempos en que sucedieron. Prosigamos agora nuestra Historia.

Aviendo, pues, llegado el Padre Joseph à Santa Cruz, hallò entablada tan de asiento esta mercancía, y tan apoyada con la autoridad de gente de mucha suposicion, que à pecho menos constante, y firme, que el suyo, à quien nunca asustò el miedo, ni respeto humano, hubiera sido imposible resistir à la fuerça de tantos contrastes: por lo qual es inexplicable lo que padeciò, y trabajò, para desarráigar trato tan iniquo; porque echando de ver los interesados, que de poner los nuestros el pie en aquellas Naciones, se les avia de seguir menoscabo cierto de sus intereses, y aun acabarfeles del todo, se le opusieron con todo el esfuerço possible, previendo de antemano, lo que no muchos tiempos despues sucediò, que nuestros Catholicos Reyes, por instancias de los Nuestrs, harian aquellos Pueblos vassallos suyos, y libres, è independientes, y los encabeçarian en su Real Corona, de que les resultaria ruina irreparable de su granjería. Pero fueron vanas todas las baterías que assestaron contra sus designios, porque quando este Santo Varon conocia era voluntad de Dios lo que emprendia, no avia respeto humano, miedo de peligro, ni fuerça de embarazos poderosa à hazerle dar vn passo atrás,

ni desistir de lo comenzado. Interpuso ruegos, y supplicas muy eficazes, y supo hablar con tanta energia de espiritu, que aquellos Mercaderes, temiendo la nota de impios, y crueles, se dieron por vencidos, mejor dire, y con mas verdad, persuadidos, à que, ò consumido de los muchos trabajos, que era preciso padecer, ò muerto à manos de los barbaros, acabaria en breve la vida, le dieron passo franco, para que desahogasse su Apostolico zelo. Solo faltaba yà quien le sirviessse de guia en su viage, porque sin ella era imposible entrar, y penetrar las Tierras de los Chiquitos: y me persuado, que el no hallar por entonces algun practico en los caminos, fue astucia, y traza del demonio, que previa la ruina que avia de causar à su partido el zelo Missionero. Pero era este incansable, y no dexaba piedra por mover para conseguir su conduccion à aquellas Provincias: con que à costa de bastantes trabajos hallò, finalmente, dos hombres de aguante, con quienes se concertò para que le guiasen, y llevassen hasta las primeras Rancherias de los Piñocas. Triunfante, pues, de esta manera de todo el Infierno, que contra el se avia conjurado, se puso en camino à los nueve de Diciembre; y sabiendo que el contagio hazia por aquel tiempo gran riza en aquella gente, cada momento le parecia vn siglo, por llegar quanto antes, y poder remediar, y à

que

que no los cuerpos, à lo menos las almas de aquellos miserables. Por esso le parecia poco arrojarse por los despeñaderos, subir Sierras muy altas, vadear Rios muy peligrosos, meterse por pantanos cenagosos, y profundos, y passar otros grandes riesgos de la vida; antes en todos estos se hallaba vna suavidad indecible, llevando siempre muy fixo el coraçon, y la mente en el extremo abandono, en que se hallaban arrestandos aquellos pobres Gentiles: no tenia reposo, ni quietud, viendo la pérdida de tantos, ( y lo que mas le llegaba al alma ) que estos misinos de grado pedian ser lavados en las saludables aguas del Santo Bautismo. Por fin, à los vltimos de Diciembre llegò, mas muerto que vivo, por los muchos trabajos, fatigas, y molestias que sufrió, à las Tierras tan deseadas de los Piñocas.

Inexplicable fue el consuelo, que recibì el buen Padre de ver satisfechos plenamente sus ardientes deseos; pero templaban su jubilo las graves miserias, y alicciones de sus amados Chiquitos: sacabale muchas lagrimas à los ojos el ver aquellos desdichados tendidos, y arrojados por los suelos, vnos en descampado, sin abrigo alguno; otros con solo el reparo de vna choza, cubierta solo de algunas hojas de arboles, y otros luchando con la muerte, y muchos muertos en su infidelidad: traspassabale el coraçon oir à algunos lamentarse inconsolable-

men-

mente, por aver muerto sus parientes, sin àver tenido la dicha de ser (dezian) hijos de Dios, como ellos con grande instancia lo avian pedido. Pero en medio de tanta calamidad, fue de grande consuelo, y alegria à aquellos barbaros ver en sus Países vn Ministro de nuestra Santa Fè. Recibieronle, y trataronle con tierno afecto, dandole de buena gana parte de su pobreza, y regalandole con algunas frutas silvestres, que eran las delicias de mas precio, que tenian en aquellas miserias. Suplicaronle se quedasse con ellos, y no los abandonasse en medio de tanta afliccion, prometiendo levantarle Iglesia, y Casa, y proveerle de lo necessario para su sustento. Conduxeronle desde aqui, à vn parage poco distante, diciendole, que escogiesse alli sitio acomodado, y que luego se passarian todos juntos à fundar alli vna Reducion. Viendo, pues, y considerando atentamente el Padre Arce la buena disposicion de la gente, y que si se ausentaba de ellos, los dexaba en vn total desamparo, se resolvió à quedarse; y estando yà proximo el tiempo de las lluvias, que inundan las campañas, y cierran los caminos para ir à encontrar en las Riberas del Rio Paraguay à sus Comissioneros, que venian de las Reduciones de los Guranies, le pareció mas conforme à los ordenes, que llevaba de su Provincial, hazer aqui alto, y dar principio à aquella nue-

va Christiandad, que daba tan buenas esperanças, de que corresponderia en adelante con la multitud, y fervor de los Fieles al cultivo, y zelò de los Obremos Evangelicos. No es facil decir el contento, y jubilo, que de esta resolucion recibieron los Indios, rebosandoles à los ojos la alegria del coraçon en tiernas lagrimas de consuelo, que derramaban, y festejando con ademanes, y ceremonias proprias suyas aquella determinacion; y con estàr tan flacos, y que apenas se podian tener en pie, por el reciente contagio, pusieron luego por obra lo que avian prometido, y el yltimo dia del año escogieron sitio para fabricar Iglesia, donde enarbolando vna gran Cruz, y estando todos arrodillados en tierra, entonò el Padre las Letanias de Nuestra Señora, consagrando de esta manera aquella Provincia, que avia de ser tan fiel à Dios Nuestro Señor, y tan devota de su Santissima Madre. Y yendo aquel dia todos juntos à cortar madera en el Bosque para la fabrica, trabajaron con tanto fervor, y brio, que en menos de dos semanas se acabò, y perficionò la Iglesia, pobre, y tosca en lo material, pero preciosa por la piedad de los Artifices, que à competencia se esmeraban en trabajar en la obra. Dedicòse al Glorioso Apostol de las Indias San Francisco Xavier, para que desde el Cielo mirasse propicio con ojos de piedad aquella Vina inculta de Gentilidad, y la con-

virtiesse con celestiales bendiciones en Jardin del Parayso. No le salieron al Padre fallidas sus esperanças. Todos, así por la mañana, como por la tarde, se juntaban aqui, à oír la explicacion de la Doctrina Christiana; y por el ardiente deseo que tenian de ser quanto antes contados, y escritos en el numero de los Hijos de Dios, no le dexaban tiempo para tomar el sueño preciso, ni para comer, ò rezar el Oficio Divino, preguntandole aquello, que ò no avian entendido bien, ò de que se avian olvidado: con lo qual en breve se hizieron dignos de la gracia; pero con muy acertado consejo determinò diferirfela por algun tiempo à los Adultos, para que el deseo de ser Christianos los estimulasse à desarraiguar quanto antes su innata barbarie, y olvidar sus brutales costumbres, que aprendiendose desde la cuna, y creciendo en ellas con los años, y convirtiendolas casi en naturaleza con el uso, se olvidan facilmente, y no se dexan sin gran trabajo. Bautizòse solamente como cosa de cien niños, algunos de los quales, antes de perder la innocencia bautifmal, fneron à gozar de Dios, siendo primicias de aquella nueva Viña del Señor.

Era indecible el gozo, y consuelo del ferviente Misionero, viendo crecer, por medio de la gracia del Espiritu Santo, à aquellas plantas noveles, no solo en la piedad, sino en el numero: porque

corriendo la voz de que avia en el País un Predicador de la Ley Santa, los Indios Penoquis, que estaban mas adelante, àzia Santa Cruz la Vieja, le despacharon vna embaxada, pidiendole les hiziesse la gracia, y se dignasse de visitarlos, porque querian hazerse tambien ellos Christianos, y que si no iba, ellos, con su buena licencia, vendrian à verse con él. Respondiòles el Santo Padre, que viniessen muy enhorabuena, que los recibiria à todos con los brazos abiertos. Vinieron, pues, y con ellos creció tanto el numero de los Catecumenos, que yà la Iglesia, aunque muy grande, no era capáz de tanto concurso: y fueron tantos los trabajos del Santo Varon, que sin tomar descanso, sudaba de dia, y de noche en cultivar aquellas almas; que aunque el vigor de la caridad le daba espiritu, y aliento para sufrir los trabajos, con todo esso cayó enfermo de pura flaqueza del cuerpo, que se rindiò debilitado al grande peso de las fatigas, y continuas incomodidades en que vivia, y asfaltandole vna ardentissima fiebre, que no le dexaba tener en pie, se viò precisado à postrarse en el duro suelo, debaxo de vna Chozza descubierta por todos lados, en la qual, salto de todo conorte, y destituido de todo remedio humano, en pocos dias le consumió, y trabajò tanto, que se viò reducido poco menos que à los ultimos periodos de la vida. Pero

Dios Nuestro Señor, con las dulçuras, y remedios del Cielo, de que en lances tales fuele ser liberalissimo con sus Siervos, le confortò de tal manera, que en breve tiempo pudo levantarse, y bolver à las tarèas primeras. Pero apenas se avia recobrado, quando con gran dolor de su coraçon, se viò precisado à bolver à Tarija à fin de entender la voluntad del nuevo Provincial de esta Provincia, Padre Lauro Nuñez. Despidiòse, pues, de sus Neofitos con mutuo sentimiento, y dolor, por el amor que el Padre Joseph les tenia, y con que ellos le correspondian, dando antes orden de que mudassen la Reducion à lugar mas comodo, y mas abierto, en las Riberas del Río de San Miguel, y passando de aqui à los Chiriguanàs, encomendò el Pueblo de la Presentacion al cuidado del Padre Juan Bautista de Zea, y el de San Ignacio à los Padres Joseph Tolù, y Phelipe Suarez. Dispuestas assi las cosas de aquella Christiandad, passò à Tarija, donde el nuevo Provincial ordenò, que el Padre Juan Bautista de Zea le succediesse en el Oficio de Superior, y à se quedasse en la Presentacion; y los Padres Diego Zenteno, y Francisco Hervàs passassen à los Chiquitos. Quanto trabajaron; y sudaron estos Varones Apostolicos en fundar, conservar, y acrecentar aquesta nueva Iglesia, lo diremos en otro lugar difusamente.

## CAPITULO V.

*LOS MAMALUCOS INTENTAN LA destruccion de estos Pueblos; pero sus intentos salieron frustrados.*

**M**ientras las cosas de esta Christiandad navegaban viento en popa, aumentandose cada dia mas el numero de los convertidos à nuestra Santa Fè; y si bien el demonio veia se le frustraban sus diabolicas trazas, no perdia el animo; antes bien procurò, con todo el esfuerço posible, cortar de vn golpe la felicidad presente, y las esperanças futuras, atizando, ò instigando à los Mamalucos del Brasil, para que viniessen à quitar las vidas à los Neofitos, y destruir el País à sangre, y fuego: y le huviera salido como esperaba, si Dios, à quien tocaba defender à sus Fieles de aquel infortunio, no huviera frustrado sus designios, disponiendo recayessen sobre la cabeça de sus aliados los que avia maquinado, para total ruina de los Christianos. Avian dichos Mamalucos entrado en aquella Provincia los años passados para hazer sus robos acostumbrados, y assaltando de improviso algunas Rancherías de Chiquitos, hazer à muchos esclavos. Cobraron con este lance animo, y atrevimiento para dar en la Tierra de los Pe-

noquis , con esperança de lograr en ellos vn rico botin. Presintieron estos la venida de los Enemigos : y viendo se sin fuerças, ni armas para salirles al encuentro , y hazerles resistencia en campaña abierta , determinaron repararse con la industria, yà que no podian defenderse con las armas. En orden à esto hizieron , que se escondiesse algunos junto al camino estrecho de vna Selva , por donde avian de passar los Enemigos , y aqui escondidos esperaron , hasta que entraron yà por esta senda estrecha , contra quienes , luego que fueron descubiertos por entre los arboles , jugaron à su salvo sus flechas envenenadas , con ponçoña tan activa , que de recibir la herida à caerse muertos , era muy poco lo que passaba. Los que quedaron con vida , exploraron por todas partes de donde venia aquella tempestad : y despues de algun tiempo cayeron en el engaño; pero no pudiendo por entonces vengar de otra manera aquella injuria, ni la muerte de los Compañeros , que con guardar en sus pechos la vengança para otra ocasion , mal de su grado , huvieron de bolver atrás. Por tanto , à principios del año siguiente se embarcò vn Cuerpo de ellos en el Rio Paraguay , y entrados en la Laguna Mamorè , aportaron , y desembarcaron en el Puerto de los Itatines : De aqui prosiguieron su derrota por entrè Oriente , y Mediodia : y atravesando vn<sup>as</sup> vezes Selvas muy espesas , otras subiendo Monta-

ñas muy fragosas (quanto puede la codicia!) llegando à las Rancherías de los Taus , y hecha de ellos buena presa , passaron à executar su vengança en los Penoquis , que de muy confiados se perdieron : porque aunque de Rancheria en Rancheria corriò la voz hasta el Pueblo de San Francisco Xavier de que venia el Enemigo , ellos no dieron passo para prevenir alguna defensa , ò à lo menos para retirarse , y guarecerse en aquella Reducion ; y porque pudiendo , no quisieron , despues quando querian , no pudieron escapar las vidas , porque aquellos malvados , caminando con industria para librarse de sus envenenadas saetas , dieron sobre ellos de improviso. No obstante esto , tuvieron animo los Penoquis para exponerse à la defensa lo mejor que pudieron , y resistir al primer encuentro ; pero los enemigos astutos , y sagaces , los detuvieron vn tanto , fingiendo se disponian à pelear , pero era solo para hazer tiempo à que los Compañeros de la retaguardia se hiziesse dueños de la tierra por otro lado , y cogiesse la chusma de las mugeres , y niños. Advirtieron los Indios esto , quando yà los enemigos avian logrado su intento , y viendo se burlados con la perdida de prendas tan amadas , por cuya defensa avian tomado las armas , se desanimaron totalmente , con que bueltas las espaldas como mejor pudieron , se retiraron à los bosques , sin resistencia de los ven-

cedores, que juzgaban, que el amor à su sangre los traeria esclavos voluntarios, como de hecho sucedió: por cuyo motivo los vencedores no los pusieron en prisiones, sino que los trataron con afabilidad, y cortesía, y vistieron à los Caciques de trages, y aderezos vistosos, prometiendoles mil dichas, y felicidades en San Pablo, y de esta manera engañarlos, y tomarlos por guia para otras Tierras, y para llegar à la Reducion de San Francisco Xavier, que yà se avia mudado, trasportandola à la otra vanda del Rio de San Miguel.

Llegò la noticia de esta desgracia hasta los Pueblos de los Chiriguanàs, de que fue inexplicable la afliccion que tuvo el Padre Arce, viendo que los enemigos, como vn torvellino salido del abismo, arrasaban aquel su Paraíso, que tanto le avia costado el plantarle, y al punto fue desalado à repararle, y defender la vida de los Neofitos. A este fin, no sin grande riesgo suyo, quiso registrar el País, para observar mas de cerca los passos del enemigo: y passando por las Rancherías de los Boxos, Tabiquas, y Taus, fue recibido de ellos con mucho agrado. Aqui los que se avian escapado, le noticiaron de los designios de los Mamalucos, y tomando ocasion de la tempestad que les amenazaba, les persuadió se juntassen en vn cuerpo, y fundassen vna Reducion en sitio ventajoso, para defenderse de las

correrías de aquellas fieras infernales; y lo que antes no avia podido recabar con ruegos, poniendoles por motivo su eterna salvacion, lo obtuvo aora muy presto el deseo de asegurar sus vidas. Juntaronle, pues, todos en vna llanura, que baña el Rio Jacopò, en que poco antes se avia dado principio à la Reducion de San Rafael, bien acomodada para defenderse, por causa de vna espesísima Selva, en que tenian puestas todas sus esperanças: y retiradas alli sus pocas alhajuelas, no se atrevieron à menearse de aquel puesto, hasta que se serenò aquella borrasca: con que el Apostolico Padre, que se detuvo alli algunos dias, à fin de penetrar los designios del enemigo, tuvo ocasion conmoda para bautizar à los niños, è instruir en los Mysterios de nuestra Santa Fè à los grandes, à quienes el temor de la esclavitud de los Mamalucos hizo abrir los ojos, para que saliesse de la del demonio; pero el Padre, advertido, no quiso bautizarlos por entonces, reservando para mejor ocasion el satisfacer à sus deseos: y animandolos à la perseverancia, diò la vuelta à la Reducion de San Francisco Xavier; y de aqui, con toda presteza, passò à Santa Cruz de la Sierra, para dar cuenta al Governador de los movimientos del enemigo, y juntamente à animar à la gente de Armas à salir en campaña à pelear con èl, y ponerle en fuga, en que no tuvo mucho que hazer para mover



la piedad tan innata de los Españoles, que en todas partes resplandece igualmente que el valor, haziendoles que tomassen por suyas las ofensas de los Indios Chiquitos, y defendiessen con su propia sangre aquella nueva Iglesia, principalmente, que se podia con razon temer, que el orgullo de los Mamalucos oßasse tambien invadir la Ciudad, si ellos no le faliessen al encuentro para atajarle, ò cortarle los passos. Alifitaronse, pues, en pocas horas ciento y treinta Soldados, bien pertrechados de armas, y municiones, y lo principal de valor; y porque el tiempo no daba mucho lugar, marcharon à largas jornadas àzia el Pueblo de San Francisco Xavier, donde recogiendo cerca de trecientos Indios, muy diestros en jugar el arco, y flecha, fueron en busca de los enemigos à las Tierras de los Penoquis, creyendo que alli los hallarian acuartelados, quando por medio de las espías supieron que avian entrado en el Pueblo de S. Francisco Xavier, que ellos avian desamparado, y abandonado poco antes, en donde como los Mamalucos no huviesßen hallado nada que robar, se disponian para ir à sorprender la Ciudad de Santa Cruz.

Con esta nueva fue inexplicable la alegria que mostraron los Españoles, esperando en su valor poder dar su merecido à aquellos infames, lo qual debia yà de temer, ò pronosticarselo su coraçon presagioso al Capitan de los enemigos: pues vistas en San

Francisco Xavier tantas pisadas de cavallos, sospechò que estaban prevenidos los Españoles; y queria volver atrás: lo qual huviera executado, à no averle dicho algunos Indios del País, que poco antes avia pasado por alli el ganado de la Reducion de San Francisco Xavier. Enderezò, pues, sus marchas nuestro Exercito àzia donde estaban acampados los enemigos, y al entrar la noche, llegaron cerca de donde estaban, y determinaron aguardar à la mañana del dia siguiente, que era el del Glorioso Martyr Español San Lorenço, principal Abogado, y Patron de aquella Provincia, para presentarles la batalla. Con esto los Soldados tuvieron algun tiempo para reposar; y como se creia, que la batalla avia de ser muy sangrienta de ambas partes, por averse de pelear con gente tan diestra en manejar las armas, quisieron los mas ajustar con Dios las partidas de su conciencia, para lo qual les oyeron de confesion seis Padres, que à este fin avian venido alli. En esto se gastò buena parte de la noche; y aviendo tomado un poco de sueño, al despuntar del Alva se tocò à marcha, mandando los Oficiales, que puestos en orden los Soldados, y con el fusil en punto, se abançassen à vista de los enemigos, y si no rindiessen las armas, los atacassen. Pero Dios Nuestro Señor, que avia tomado à su cuenta el castigo de las maldades de aquellos malvados, quiso que pagassen àora la

pena, y singularmente los Capitanes, que aqui quedaron muertos, pagando juntamente de vna vez todas las deudas de las iniquidades que avian cometido en la destruicion de los Pueblos de Villarica del Espiritu Santo, en la Governacion del Paraguay, disponiendo fuesse la victoria, no à costa de mucha sangre de ambas partes, como se pensaba, sino à costa de los nuestrs, y à mucha de los enemigos; porque mientras vn Indio intimaba el orden à los enemigos, adelantandose ciertos Soldados para recibir las armas de los Capitanes, vn criado de estos los detuvo, disparandoles vn fusilazo, matando à vno de ellos. No pudo sufrir esto Andrés Florian, valerosissimo Cavallero Español, y respondió luego con otro tiro semejante, de que derribò en tierra à Antonio Ferraez de Araujo, y sacando su puñal, arremetió à Manuel de Frias, y le matò à puñaladas, quedando al primer passo muertos los dos Capitanes enemigos. Quedando con esto los Mamalucos sin Caudillos, sin gobierno, y sin alientos, se turbaron del todo, y tirando sus armas, se arrojaron al Rio, que les recibió, no para librarles como esperaban, sino para sepultarlos en sus corrientes, de que yà cansados, por mas esfuerço que hizieron, no pudieron librarfe. Viendo los Españoles, y nuestrs Neofitos, que Dios manifestamente estaba de su parte, fueron con grande animo en su alcance, y

con vna tempestad de factas, y mosquetazos, que les dispararon, hizieron en ellos sangriento estrago. Tambien nuestrs Misioneros quisieron entrar à la parte de hecho tan estupendo, asistiendo con el Crucifixo en las manos, y sin hazer caso de la vida, iban delante con sus armas espirituales, no solo en ayuda de los vencedores, sino tambien de los vencidos, à quienes procuraban ayudar. De los enemigos solos seis escaparon con vida, de los quales tres malamente heridos quedaron prisioneros. Nuestrs heridos no fueron muchos, y los muertos ocho solamente, dos Indios, y seis Españoles. Fue increíble la fiesta, y regocijo de los Españoles, y de nuestrs Indios, por tan señalada victoria, obtenida à tan poca costa; y fue sentimiento comun, que Dios avia peleado con ellos contra sus enemigos en defensa de su honra, y de aquella nueva Chistianidad. Por lo qual los Soldados dieron à su Magestad solemnemente las gracias al uso Militar, con repetidos tiros de Fusil, y Mosquetes; y los Indios con Torneos, y juegos à su vñança, concluyeron la alegría de aquel dia. Pero no fue cumplido el contento, porque mientras se trataba de exterminar lo restante de los enemigos, que avian quedado en las Tierras de los Penoquis, en guardia de la presa, que montaba mas de mil y quinientas almas, y de limpiar totalmente el Pais, nacieron,

no se de que origen, algunas disensiones entre los Cabos; con que se tuvo por mejor consejo levantar el Campo, y bolver à la Ciudad de San Lorenzo, de donde saliendo à recibir el Governador, Alcaldes, y Regidores con toda la Ciudad, fueron recibidos con festivos repiques de las campanas de todas las Iglesias, y con muchos tiros de Artilleria, que disparò el Castillo, y por muchos dias se celebrò con gran magnificencia aquella poco menos que milagrosa victòria.

Los tres Mamalucos que escaparon, caminaron con la presteza possible, siguiendo su fuga, y llevaron tan infausta nueva à sus compañeros, quienes, aviendo entendido contra toda su esperanza la vltima destruccion de los suyos, quedaron yertos de miedo, y como si yà viesse sobre si à los vencedores, se retiraron à toda priessa, llevandose los mas esclavos que pudieron, y embarcados en el Rio Paraguay, navegaron à voga, y remo, camino de San Pablo, quando encontrandose con vna Compañia de sus mismos Payfanos, que iban al mismo fin de apresar piezas (como acà llamamos) ò Indios, les contaron el suceso referido; pero los que venian de San Pablo, oida la causa de aquella buelta tan desacomostumbrada, que daban à su tierra tan perdidos de animo, los empezaron à burlar de que por tales contratos se desanimassen tanto: con que yà de

vergüenza, y à con esperança de rehazerse de la perdida passada, mudaron parecer, y se aunaron con ellos, y todos juntos dieron sobre algunas Rancherías de Indios, de los quales fueron rechazados con braveza, y valor: por lo qual, mal de su grado, con las manos poco menos que vacias, se vieron precisados à bolverse à San Pablo. Mientras estos atravesaban la Laguna Mamorè, ciertos Guarayos, que por gran tiempo avian militado à su sueldo, abiertos los ojos, y bolviendo sobre si mismos para ponderar el poco bien, y mucho mal que se les hazia, y que al fin no podian esperar de aquel azaroso officio mas que vna muerte desgraciada por termino de vna vida infeliz, resolvieron desertar, y buscar lugar donde vivir con seguridad, y reposo, y valiendose de la obscuridad de la noche, se retiraron àzia el Poniente à vna Campaña, dos jornadas mas adelante de aquel Lago, y por hallarse sin mugeres, hizieron las amistades con los Curacanes sus confinantes por el lado del Septentrion. Estos, pues, no mucho despues, deseando salir de la Gentilidad, y hazerse Christianos, se vinieron à vivir, y hazer sus casas en nuestra Reducion de San Juan Bautista.

De mucho provecho fue esta victòria; porque despues acà no se han arriesgado mas los Mamalucos à poner el pie en los contornos de aquellas

Reduciones, y solamente en el año de 1718. plantaron vn Fuerte en las Riberas del Rio Paragua, ochenta leguas distante del Pueblo de San Raphael, con que se espera, que convertidas en breve con el favor de Dios cinquenta, ò sesenta mil almas, como nos prometen las esperanças, se les impedirá tambien el hazer corso por aquel Rio, por que los Neofitos, por singular privilegio de nuestros Catholicos Reyes, pueden vsar armas de fuego, con que facilmente podrán quebrantar el orgullo de estos Corsarios, como sucedió en las Misiones de los Guaranis, à quienes no cessaron de molestar, hasta que aquellos Pueblos dieron vna grande rota à cinco mil Mamalucos, que avian pasado al vltimo exterminio de aquella Christiandad.

## CAPITULO VI.

*CON LOS SUCESSOS PASSADOS SE entibia algo la Santa Fè: Muere el Padre Antonio Fiedeli, y se habla largamente de los trabajos de los Misioneros.*

**A**unque la fortuna de esta tempestad no deshizo esta nueva Christiandad, no obstante la conmovió no levemente, y cortó al mejor tiempo el curso prospero de nuevos aumentos, por-  
que

que agostó las floridas esperanças de acrecentar con buen numero de almas la Reducion de San Francisco Xavier, y aun de fundar otras en los Penoquis, Xamaròs, y Quicmes, que estaban bien dispuestos para alistarse en el numero de los Fieles; antes bien de este accidente provino la destruicion de las dos Reduciones de Chiriguanàs, aunque tan distantes, y remotas del peligro. No habló al ayre aquel sabio Cavallero Don Agustin de Arce, quando dixo se perdía inutilmente el tiempo, y el trabajo con aquella gente, y aora lo tocaron con las manos los Misioneros, à los quales amaban aquellos barbaros, solo por lo que sacaban de su pobreza. Por mas que hazian los Padres, no querian acudir à los Divinos Oficios, ni oír la Doctrina Christiana, que al entrar la noche se explicaba, ni aun quisieron darles vn muchacho, que les ayudase en las haziendas de casa, y sirviese en la Iglesia, y cultivasse vn pequeño huertecillo. Con todo esso perseveraban los Misioneros, sufriendo grandes incomodidades, y trabajos, que les hazia faciles de tolerar la esperança de coger algun fruto de paciencia: hasta que enfadados los barbaros de tantos Sermones, y Platicas que les hazian, se determinaron à echarlos del País, con pretexto de que eran embiados por los Mamalucos para juntarlos, y entregarlos à todos en sus manos, como lo avian

(segun dezian ellos) hecho con los Chiquitos; bien que avia entre ellos muchos, que de esta mentira eran testigos de vista, por aver ido sirviendo à los Españoles en la guerra referida. Divulgòse esta voz en el Pueblo, y fuesse por malicia de ellos, ò por ardid diabolico del demonio, que perdia mucho en la conversion de aquellos barbaros, començò la chusma à hazer muchos maltratamientos al Venerable Padre Lucas Cavallero, y al Padre Phelipe Suarez, antes que con detestable atrevimiento pudiesen fuego à la Iglesia, de donde por este insulto, se vieron obligados à salir, y passarse à vn Rancho, ò Chozza poco distante; pero ni aun aqui pudieron parar, porque los barbaros les buscaron por todas partes, armados con sus arcos, y macanas, y huvieranlos hecho pedazos, si no huviera sido porque esperaban à sus Caciques, que estaban no muy lejos de alli. Viendo los nuestros, que las cosas estaban de tan mal semblante, resolvieron en la obscuridad de la noche retirarse àcia Santa Cruz de la Sierra, y de aqui passar à Pari, donde se avia mudado la Reducion de San Francisco Xavier. Llegada la noticia de este suceso al Padre Superior Joseph Pablo de Castañeda, sospechò prudentemente, que lo mismo, ò peor sucederia à la Reducion de San Ignacio, y así ordenò à los Padres, que alli residian, se retirassen, procurando escapar de las

garras de aquellas fieras, lo mejor que pudiesen, encaminandose à los Chiquitos, donde Dios Nuestro Señor quiso consolar à sus Siervos con mejor logro de sus fatigas, y sudores.

Por causa de las revoluciones passadas, y por lo que en adelante se podia temer, se mudò la Reducion de San Francisco Xavier desde el Rio de San Miguel, à vna llanura llamada Pari, ocho leguas distante de Santa Cruz de la Sierra, donde tambien se repararon algunos Piñocas, y Xamaròs, que escaparon de las manos de los Mamalucos: con que se fabricò vna Reducion bien numerosa. Pero no obstante esta mudança que aora hizieron, se vieron precisados à retirarse de las cercanias de aquella Ciudad, por causa del gravissimo daño, que suele siempre causar à los recién convertidos à nuestra Santa Fè el mal exemplo de los Christianos viejos, que han nacido, y vivido en ella, los quales hazen abominable nuestra Ley Santa con sus escandalosos procederes; y si la professan con las palabras, la niegan con las obras, viviendo mas con la libertad de Infeles, que arreglados à los dictámenes Christianos de nuestra Religion Santissima. Llegabase à esto el vil interes de tal qual, que degenerando de la innata piedad de sus mayores, no hazia escrupulo de apresar, y à este, y à otro de aquellos pobres Indios Christianos, y

reducirlos à miserable esclavitud. Por estos motivos, pues, huvieron los nuestros de trasplantar aquellas tiernas plantas à lugar mas retirado, encomendando este negocio al cuidado del Venerable Padre Lucas Cavallero; y aunque en tales mudanças perecieron muchos, por las incomodidades, y enfermedades, que les sobrevinieron, de que participaron tambien nuestros Misioneros, no obstante, poco despues bolviò la Reducion à su antiguo esplendor, porque vinieron luego otros Infieles, que se incorporaron en ella. La segunda Reducion que se fabricò, fue la de San Raphaël, distante de la otra diez y ocho dias de camino, àcia el Oriente, escogiendo, y señalando el Sitio para ella los Padres Juan Bautista de Zea, y Francisco Hervàs, à fines de Diciembre del año de 1796. y trayendo à ella algunos Tabicas, y Taus, y otros, que avian yà prometido al Padre Arce, que abrazarian nuestra Santa Ley, llegaban yà à mil las almas; aunque la peste que hubo luego, se llevó gran parte de ellos; con que à instancia de los mismos Indios, se bolviò esta Reducion à su antiguo sitio, que era muy à proposito para el intento de los nuestros, que deseaban establecer el comercio de estas Reduciones con las de los Guaranis por el Rio Paraguay. Fundaron, pues, sus casas, y se poblaron à las Orillas del Rio Guabys, que se cree desemboca

ca en el Rio Paraguay. La tercera Reducion se puso debaxo del patrocinio de el Señor San Joseph, à instancias del piadosísimo señor Marquès de Toxo Don Juan Joseph Campero, insigne bienhechor de esta Christiandad, y se fabricò sobre vn monte, por cuya falda corre vn Riachuelo, que secunda vn gran espacio de tierra llana; fundaronla los Padres Felipe Suarez, y Dionisio de Avila, que por gran tiempo fueron inseparables compañeros en sus trabajos, y sudores; no teniendo muchas vezes con que acallar el hambre, y reparar el cuerpo en tantas, y tan largas fatigas; y asì, para que oprimidos de las incomodidades no diessen con la carga en tierra, les vino, no mucho despues, à ayudar el Padre Antonio Fideli. Pero les durò poco tiempo este consuelo, porque en breve quedò postrado de tan insufribles trabajos: pues por mas remedios, que segun la pobreza de aquellas Tierras se le procuraron aplicar, nunca se pudo recobrar. Dicho Padre Fideli, como era recién venido de Europa, y hallando campo tan grande à su zelo, no paraba de dia, ni de noche en domesticar aquellos salvages; y mientras sus compañeros iban en busca de Gentiles, el se ocupaba en limpiar à aquellos nuevos Christianos de los resabios de su vida brutal, con que se podia quizás manchar la pureza de su Fè, y la innocencia de nuestra Religion Christiana; era su

tarea quotidiana juntar de dia à los niños toda la mañana, y al entrar la noche, à los adultos, para hablarles de las cosas que debian creer, y obrar; acudir à todos tiempos à sus necesidades, sin negarse à nada: cuidar de las almas, y de los cuerpos de los enfermos, velandolos de dia, y de noche, y dandoles sepultura despues de muertos; y en tantos trabajos, no tenia otra cosa con que mantener las fuerças para llevar tan gran peso, que vn poco de pan muy defabrido, que alli se haze de vnas raizes, que llaman mandioca, la qual hecha harina, se amassa, y haze vn pan bien malo, el qual solia acompañar con vn pedazo de carne de algun animal del monte, assada, como la comen los Indios, dura, y defabrida, y por gran regalo alguna fruta silvestre. Pero en medio de tan mal tratamiento, nunca daba treguas al trabajo, y esto con tal alegría de su espiritu, como si el cuerpo se mantuviese con el pasto espiritual del alma, hasta que postrada totalmente la naturaleza, no pudo bolver en sí, por mas medicamentos, que segun la posibilidad del País le procuraron aplicar sus compañeros, que le amaban tiernamente: con que no bien cumplidos dos años en estas Misiones, pasó al eterno descanso, para recibir el galardón de sus Apostolicas fatigas, en el mismo Pueblo de San Joseph, el dia primero de Março de 1702. Pero lo que no pudo hazer en la tierra en provecho de aque-

lla nueva Christiandad, lo hizo bien presto, y mas eficazmente con sus oraciones desde el Cielo, por que aquellos Neofitos dexaron luego la embriaguez, y otros vicios, que trae consigo esta bestial costumbre, cosa que hasta entonces avia costado mucho trabajo, sin fruto. Sintieron los Indios inconsolablemente la perdida de su amantísimo Misionero, à quien ellos llamaban Padre charísimo de su alma.

Fue el Padre Antonio Fideli Natural de la Ciudad de Regio, en Calabria, hijo de padres de la primera Nobleza de ella, bien que por su humildad, y desprecio del mundo, jamás dió la menor noticia de su calidad. Los primeros años de su juventud los pasó aprendiendo buenas letras en el Seminario de San Francisco Xavier de Napoles, donde le embiaron à estudiar sus padres. Aqui en la flor de su edad le llamó Dios à la Compañia, donde luego que entró en ella, se dió de veras al estudio de la virtud, en que salió aventajado, y se mantuvo con vida exemplar en la larga carrera de sus estudios, con igual aprobacion, así de los Superiores, como de los Compañeros, de los quales era à vn mismo tiempo amado por la dulçura de su trato afable, y caritativo, y venerado por la solidez de sus virtudes, siempre igual à sí mismo, y manteniendo vn tenor de alegría inalterable, afabilísimo con todos, y liberal, y promp-

to en servir à sus Hermanos, aun en las cosas más difíciles. Parecióle poco lo que obraba en bien de las almas, y servicio de Dios en su Provincia de Napoles, por cuya causa pidió, con instancia de nuestro Padre General, le concediese licencia de passar à Indias; y conoció su fervor, le dió su Paternidad grata licencia, asignandole para que passase à esta Provincia, en la Misión que conducia à ella su Procurador General Padre Ignacio de Frias. Despacharonle, pues, à Cadiz el año de 1696. para embarcarse à esta Provincia; pero por no aver oportunidad de embarcacion, le fue preciso esperar dos años en Sevilla, donde en la Casa Professa dió muestra de su espíritu, con singular edificacion de los nuestros, trabajando de día, y de noche en los ministerios propios de la Compañia. Su tarea casi quotidiana, era gastar siete, y ocho horas en oír Confesiones, porque acudían todo genero de personas nobles, y plebeyas, que le amaban como Padre, y veneraban como Santo, y èl les correspondia con afecto de fina caridad. Ocupado en estos exercicios, se llegó el tiempo de embarcarse, y passando de Sevilla à Cadiz, se dió à la vela para Buenos-Ayres el año de 1698. en compañía de otros quarenta y cinco Jesuitas, repartidos en tres Naves, con viage se puede dezir afortunado; porque despues de grandes infortunios que padecieron en veinte y dos meses de navegacion, plugò à

Dios

Dios Nuestro Señor traerlos salvos al Puerto de Buenos-Ayres. Huvo varias causas de esta tan larga tardança, y la principal fue el apartarse, y dividirse las Naves pocos dias despues de la partida de Cadiz, y perderse de vista la vna de la otra; que encontrando rapidísimas corrientes que la desviaban, furiosísimos vientos que la maltrataban, disformes tempestades, que la echaron à las Costas de Guineos, se vió precisada la Almiranta, en que le cupo venir à nuestro Padre Antonio, à aferrar en la Isla de Santiago, vna de las Islas Hesperides, que llamamos aora Cabo Verde. Aqui fueron recibidos de los Religiosísimos Padres de la Venerable Orden de San Francisco, que quisieron hospedarlos en su Convento, para que no sintiesen algun maligno efecto de aquel Clima, sumamente nocivo à los forasteros, causa porque llaman à este Promontorio Sepulcro de los Europeos, como lo experimentaron los demás passageros, de quienes la mayor parte cayeron enfermos, y mas de ciento perdieron allí la vida, y las esperanças de enriquecer, que los conducia à las Indias. *Pero de los nuestros ninguno murió, por la grande caridad, que con ellos usaron los Religiosos, que con indecible amor cuidaban de su salud, advirtiendoles lo que debian hazer, y de lo que se debian guardar para conservarla.* En el tiempo que aqui se detuvieron, el Superior de los nuestros

M

Pa



Padre Joseph Ortega , nuestro Padre Antonio , y Padre Pedro Carena , asistieron à los enfermos del Navio , con increíble trabajo , y no menor fruto , y consuelo de los que morian en sus manos. *Huvieronse finalmente de partir de aquella Isla , en cuya despedida fue indecible el consuelo , que por verlos partir à todos sanos , sin aver muerto ninguno , mostraron los Religiosos , y con especialidad el Padre Guardian del Convento , quien llorando de gozo , les dixo , no podia contener las lagrimas , viendo que no solo salian los mismos Jesuitas , que avian entrado , sino vno mas (aludiendo à vn pretendiente , que alli avia recibido en la Compañia , con licencia que para ello llevaba el Padre Superior ) pues quando los viò entrar , se avia entristecido notablemente , juzgando , llevado de la experiencia , serian pocos los que escapassen con vida . Pero el aver librado to dos bien , se debió , como dixè , à la mucha caridad de los Religiosos , y del mismo Padre Guardian . De quien despedidos , por fin , se embarcaron , pero les sobrevinieron tales accidentes , que se vieron obligados nuevamente à arribar al Brasil , donde reparada nuevamente la Nave , y aviendo experimentado la caridad grande , que en todas partes vsan con los huéspedes los Padres Portugueses , se dieron tercera vez à la vela , y llegaron à salvamento en el Puerto de Buenos-Ayres , para gastar la vida , y sudor en provecho de los pobres Indios ; bien que si en el mar huviera*

perdido la vida , huviera tenido vna muerte coronada con el merito de grandes fatigas , padecidas por acudir al bien de la gente de su Nave , por todo el espacio de tiempo que durò esta trabajosissima navegacion , que fue casi de dos años , al fin de los quales passò con sus Compañeros el año de 1700. desde Buenos-Ayres à este Colegio de Cordova , donde se consagrò à Dios mas estrechamente con la profesion de quatro Votos , è inmediatamente passò à la Mision de los Chiquitos , donde *consummatum in brevi explevit tempora multa . ( Sap. 4. )*

Pero bolviendo al hilo de la Historia , digo , que esta Reducion de San Joseph de Indios Boxos , Taotos , Penotos , y algunas familias de Xamaròs , y Piñocas , es felicissima à la suerte de los Misioneros , que alli asistien , por ser este Pueblo la puerta por donde se entra à otras muchas Naciones , por lo qual ofrece comodidad , así para reducir muchas almas à nuestra Santa Fè , como para ganarse muchas Coronas de premios en la Gloria . La quarta Reducion es la de San Juan Bautista , poblada de Indios de Nacion Xamaròs : fundaronla los Padres Juan Bautista de Zea , y Juan Patricio Fernandez por el mes de Junio del año de 1699. de los quales , el primero , despues de aver acabado con los Indios Tanipucas , Curicas , y Pequiquas , que le diessen palabra de reducirse quanto antes al re-

baño de Christo, se partiò de alli con extremo dolor suyo por orden de los Superiores, para ir à go-  
 verner nuestras Misiones del Uruguay, recayendo todo el peso de esta Reducion sobre el Padre Juan Patricio, à quien las enfermedades continuas, la extrema pobreza, y las graves fatigas sirvieron de remora los primeros tres años, para que no saliesse en busca de Gentiles, à quienes el exemplo de sus confiantes avia encendido el coraçon en deseos de vivir, como racionales, en vida politica, y hazerse juntamente Christianos; pero finalmente, sus sudores, y trabajos ganaron para Christo à los Suberecas, Peras, y à ciertos Piñocas, quienes parece no fueron à otra cosa à esta Reducion, que para renacer à Dios por las aguas del Santo Bautismo, para passar luego à la Celestial Jerusalèn, rindiendo las vidas à la fuerza del contagio, que por toda aquella comarca hazia en toda suerte de personas grande riza, y estrago. El consuelo de ver sazonados tan presto para el Cielo aquellos poco antes silvestres frutos, endulçaba los trabajos, y fatigas de aquel Varon Apostolico, y le animaba à emprender otras santas correrias; pero se frustraban sus santos intentos, mientras no mudaba su Pueblo à mejor temple, y à ayres mas saludables, porque aquellos barbaros no querian reducirse al gremio de la Santa Iglesia por temor de la peste, que nu-  
 cho

cho tiempo antes parece se avia arraigado en aquel sitio: por cuya causa se mudò la Reducion à otro parage mas comodo, y menos nocivo.

Mas yà que hemos insinuado alguna cosa de los trabajos de nuestros Operarios en estas Misiones, juzgo esta ocasion conmoda, y oportuna para referir mas por extenso el modo de vivir de los Jesuitas, que cultivaron, y cultivan esta Viña del Señor, regandola con sus sudores, y aun con su sangre, por no quitar su debida estimacion à la virtud, y defraudarnos à nosotros de los exemplos que podemos imitar. Y el primer lugar se debe dar al modo de hazer Misiones, dirè mejor, de salir à caza de barbaros, que habitan como fieras en las cavernas de los montes, ò en las espesuras de los bosques. Cogian, pues, y cogen al presente su Breviario debaxo del braço, y con vna Cruz en la mano se ponian, y ponen en camino, sin otra prevencion, ò matalotage, que la esperanza en la Providencia Divina, porque alli no avia otra cosa: llevan en su compañía veinte y cinco, ò treinta Christianos nuevos, que à los Padres servian, y sirven de guias, è interpretes, y con los Payfanos hazian oficio de Predicadores, y Apostoles, y caminan yà las treinta, yà las quarenta leguas, siempre con vna hacha en la mano para desmontar, y abrir camino por la espesura de los bosques: otras vezes encontraban Lagunas, y Pantanos, que passaban à pie

con el agua à la boca; y para dar animos à los Neofitos, eran los primeros en vadear los Rios, ò en arrojarse por los despeñaderos mas dificiles, ò en entrar en las grutas, y cuevas, con sobrefalto, y fusto de estàr alli escondidas las fieras, ù hombres: y despues de tantas fatigas, y trabajos, no hallaban à la noche para repararse otro regalo, que algunas raizes silvestres, con que romper el ayuno, y algunos dias no tenian con que apagar la sed, fino vn poco de rocio, que quedaba entre las hojas de los arboles, y por cama la tierra dura, sin otro reparo contra los rigores de la noche, que la sombra de vn arbol, ò vna estera sostenida de quatro palos; y vltimamente, en continuo temor, y riesgo de la vida; porque los barbaros, affombrados con el temor, juzgaban que eran sus enemigos los Mamalucos del Brasil, vestidos de Jesuita, y por esto estàn siempre con la macana en la mano, ò con las flechas à punto, ò si no en emboscadas, para quitarles la vida, sin que los defiendan los Neofitos. Y porque estos no parezcan encarecimientos de mi pluma, insinuarè aqui lo que de los Zamucos escriviò años passados el Padre Misionero, que entendia en la conversion de aquella gente, al Padre Juan Patricio Fernandez, al presente Rector del Colegio de Santiago del Estero, que con las vezes del Padre Provincial de esta Provincia visitaba aquellas Misiones. *Por no alargarme* (dize)

*no escribo como lleguè à este Pueblo de los Zamucos, contra el parecer de los practicos del Pais, yà mas el caminar muchas leguas con el agua hasta la cintura: atribui el feliz suceso al dedo de Dios, pues que fuerças humanas no podian vencer los obstaculos insuperables, que se me interpusieron: mereciendolo los sudores, trabajos, hambre, y sed de su primer Apostol el Padre Juan Bautista de Zea. Hasta aqui el dicho Misionero. Pero aunque caminaban, por su extrema pobreza, desprevnidos de toda provision, no por esso Dios Nuestro Señor, por cuya quenta corria la vida de sus Siervos, los abandonaba en tales trabajos, emprendidos por solo su amor, y por el provecho de las almas; antes, quando era necessario, obraba en su favor milagros, yà librandolos de las furias, y saetas de los barbaros, como muchas vezes sucediò al Venerable Padre Lucas Cavallero, yà proveyendolos de sustento, y dandoles vigor, y aliento à la naturaleza; en prueba de lo qual escriviò el Padre Miguel de Yegros al Padre Lauro Nuñez, Provincial, à la fazon, de esta Provincia, quando èl, con el Padre Francisco Hervàs, fueron el año de 1702. à descubrir el Rio Paraguay. Partimos (dize) por el mes de Mayo, acompañados de quarenta Neofitos, con sola la confianza en Dios, por estàr recien fundada la Reducion de San Raphaël, emprendiendo el viage los buenos Christianos, puesta la esperança en la Santissima Virgen, que*

nos socorrió por el camino como de milagro, viniendose á las manos la caza, y la pesca, quando nos hallabamos en graves angustias, passando gran trabajo, y viniendo gravissimas dificultades en los montes, y en las llanuras anegadas del agua, por dos meses enteros, que tardamos en llegar á las Riberas del Rio Paraguay, con riesgo, y temor continuo de los Barbaros. Y este puntualmente era, y es el modo, que todavia observan los Misioneros en estas correrias. Pero con ser tan grandes las fatigas, y tan pesadas las aflicciones que padecen; no obstante esso, es mucho mayor sin comparacion el consuelo que tienen, quando buelven con las manos llenas de quatrocientas, ò quinientas almas; y si á vezes no tantas, á lo menos con la esperança de ganarlas el año siguiente: porque los mas de los barbaros quieren antes certificarse, si aquel zelo que les muestran, es de sus almas para darles el Parayso, ò por el interès de llevarlos para ponerlos en esclavitud, y por esso acostumbran despachar alguno de los suyos para explorar el País, la gente, y los Misioneros de la nueva Reducion.

Despues de esto, quanto ayan trabajado nuestros Misioneros en criar, y mantener estas tiernas plantas, no se puede explicar mejor, que refiriendo sinceramente, sin añadir nada de mio, algun hecho particular, y parte de carta veridica, como lo harè, donde quiera que halle coyuntura, trasladando fiel-

mente los originales, con que esta Historia quedará mas fidedigna, y el gusto de los Lectores mas satisfecho. Dize, pues, el Hermano Juan de Avila, Compañero que fue del Padre Visitador de esta Provincia Antonio Garriga, y del Padre Provincial Luis de la Roca, quando, como adelante dirè, visitò aquellas Doctrinas, Sugeto de mucho juicio, y capacidad, en vna Carta, que desde allà escriviò: *Assi como para fundar las Misiones del Paraguay padecieron increíbles trabajos aquellos primeros Varones Apostolicos, sacando á los Indios de las Selvas, y entablando en ellos vida Christiana, y Politica, hasta ponerlos en el estado en que oy dia se mantienen, divididos en treinta Reduciones; assi tambien no han sido menores los trabajos, y sudores de estos primeros, que han fundado la Christianidad de los Chiquitos. No es facil de dexir lo que al descubierta les han dado que sufrir los enemigos, y ocultamente los amigos, la carestia de todo lo necessario para la vida humana, los profundos pantanos, inaccesibles montañas, bosques impetrables, fieras, climas destemplados, sed, hambre, extrema desnudez, total abandono de todas las cosas, y jurada guerra de todo el infierno. Pudiera descender á casos particulares, que he visto, y oido, si no fueran bien sabidos, y me son materia continua de rubor, y confusion. No traer sobre si sino un vestidillo de tela valadi, hecho pedaxos, y no pocas vezes vestirse de pieles de animales: no traer otros apa-*

ros, que vn pedazo de cuero crudo, atado con otro cordel de cuero por las plantas de los pies, y en la cabeza, para reparo del Sol ardentissimo, que alli baze, vno como sombrero, pero tambien de cuero: la cama sin ningun alivio: la vianda ordinaria vn puñado de maiz, y este tan escaso, que apenas era bastante para mantenerles las fuerzas: vivir gran tiempo sin el consuelo siquiera de ver à alguno de sus Compañeros; y estando afligidos de largas, y penosas enfermedades, no tener adonde bolver los ojos. Así el dicho Hermanos; y yo, en prueba de todo lo que él dize, quiero apuntar algunos casos en particular. Dixome, no ha mucho, vn Padre, que fue Superior de aquellas Reduciones, que por muchos meses no tuvo otra cosa de que sustentarse, sino raizes de yervas; y faltandole estas tambien, acosado de la hambre, se viò precisado à andar en busca de frutas silvestres. Quando el Padre Gregorio Cabral fue en nombre del Padre Simon de Leon, Provincial de esta Provincia, à visitar aquellas Misiones, le cogió el invierno (que alli no se mide por el frio, que no haze, sino por el romper de las lluvias) le cogió debaxo de vna enramada, donde con siete Misioneros pasó largo tiempo, sin otro sustento, que vna fruta silvestre, à que llaman *Moraquí*, con alguna cosa de leche: y el dia de Pasqua, por gran regalo, les dieron los Neófitos vna mazorca, ó es-

piga de maiz. Pero no tuvo otro tanto el mismo dia el Padre Zea, que presentandole por gran regalo ciertos pezecillos bien pequeños, no pudo probar bocado de ellos, por ser amargos como la hiel.

No me ha parecido superfluo contar estas menudencias, para que quien en los Hombres Apostolicos no mira otra cosa, que conversiones de Infieles, adviertan tambien quanto les cuestan, y confidere, si tiene necesidad de vna generosissima caridad, quien se emplea en buscar la gloria de Dios, y en mirar por la eterna salvacion de las almas. Y ciertamente el no acobardarse con los peligros, el no bolver las espaldas à tantos trabajos, el no retirarse, y no dexar vna vida, en que à cada passo se encuentra con la muerte, perciendo aqui de hambre, perdiendose alli por los Bosques, aora andando entre flechas, y macanas, aora en medio de Pueblos furiosos, es virtud dificil de hallarse, y con todo esso esta virtud es necessaria siempre à quien emprende en Países remotos, y entre gente barbara el Oficio de la Predicacion Apostolica. Pero lo que me llena de estupor, y maravilla, es, que en medio de tantos trabajos, è incomodidades, no ayan hasta aora muerto entre tantos Operarios, mas que tres, ò quatro; siendo así, que ay quien ha trabajado veinte y cinco,

y treinta años; pero es singular providencia del Altísimo, que quien ningun caso ha hecho de su vida, por su servicio, se conserve mas sano, y mejor, que si huviera vivido en las comodidades de vn Colegio, como yo ví, con grande estupor, en el Padre Juan Bautista de Zea, que en edad de sesenta y cinco años parecia joven de poco mas de treinta en el aliento, y valor. Verdades es, que oy dia se han aligerado en gran parte tantos trabajos, porque introducida en aquella gente, con la Santa Fè, la vida civil, y politica, lo passan vn poco mejor los Misioneros, y la piedad de muchos Cavalleros les provee de algunas cosas, con que ocurrir à las necesidades domesticas.

Y aora entiendo con quanta razon claman los Superiores de esta Provincia à nuestros Padres Generales, diziendo, que no es esta vocacion de qualquiera, sino de hombres solamente, de virtud muy grande, y bien probada. Y à la verdad, vno, entre otros engaños en que vivia, quando en Europa ardia en deseos encendidos de venir à Indias, era persuadirme, que para vn Misionero Apostolico de estas Partes, bastaba tener vn gran zelo de las almas; pero quien leyere esta Relacion, hallarà, que són mas las ocasiones de exercitar la interna abnegacion del animo, la paciencia, la humildad, y la mortificacion en si mismo, que el zelo de las al-

mas

mas con los otros, quando yo refiero aqui poco mas que trabajos, corporales, que son la menor parte de los que se ofrecen que sufrir. Por tanto, quiero poner aqui parte de vna Carta, que me escrivì vn Compañero mio, à quien lloro, y reverencio à vn tiempo; el qual con otros quarenta y tres de la Compañia, que conducia à la Provincia de Quito, su Procurador General Padre Nicolàs de la Puente, por impenetrables consejos de Dios, se ahogò, en el Navio Cavallo Marino, que se fue à pique el año de mil setecientos y diez y siete. Dize, pues, assi: *La circunstancia de que quixàs no nos bolverèmos à ver mas en Europa, me anima à escrivir esta à mi Hermano, que espero le hallarà en Cadix, à fin de darle el ultimo vale, y con el coraçon vn humilde abrazo, alegrandome juntamente, con el mas vivo de mis afectos, por su ya proxima suerte de dexar este mundo engañoso de acá, y de ir en busca de otro mejor, ò para mejorarlo. Conozcamos, Hermano mio carissimo, nuestra fortuna, la qual estoy por dexir, que es la mayor de quantas Dios puede conceder à sus escogidos. Y què? por ventura es cosa de poca monta vivir desconocido, y si tengo de dexir la verdad, despreciado de todos, ò à lo menos poco estimado? O afortunados de nosotros, si de cosa tan grande fuèremos participantes! Animo, Hermano mio muy amado, aliento, vamos, vamos; mas donde? A las Indias, esto es, al*

Cal-

Calvario. *A que fin? A coronarnos, si, pero de espinas; à descansar, si, pero sobre vna Cruz. Aqui acabo, por que desde aqui deben comenzar los deseos de vn Jesuita Indiano. Pidamos à Dios, y à su Madre Santissima, que deshierre de nuestro coraçon todo otro afecto, y no dexen en el, sino el ardentissimo deseo de padecer por amor de quien nos amò, hasta dar por nosotros la vida.*

### CAPITULO VII.

FERVOR, Y VIRTUD DE LA NUEVA  
Christiandad, premiada de Dios Nuestro Señor  
con muchos sucessos milagro-  
sos.

**E**Ran verdaderamente grandes, como hemos visto, los trabajos, y fatigas de los Padres, en domesticar este inculto Campo de la Gentilidad; pero no obstante esto les parecia nada, aunque huvieran sido sin comparacion mucho mayores, viendo quan bien prendia, y se lograba la semilla de la Predicacion Evangelica, y quan presto se sazonzaba en frutos dignos del Paraiso: mas en esto no quiero yo poner nada de mio, sino solo hazer hablar à los mismos sembradores de esta semilla, que se maravillan de ello, y se dan el parabien, con jubilos de incomparable consolacion.

En

En el conocimiento de Dios (dize vno de ellos) y en la observancia de la Ley Divina, se puede con toda verdad, sin rastro de encarecimiento, afirmar, que esta Selva de bestias, y de vicios, es aora vn retrato de la Primitiva Iglesia. Bendigo infinitamente las Santas llagas del Redemptor (dize otro) que comparada la vida passada, y presente de esta Gente, son aora tan diferentes de si mismos, quando eran Idolatras, que parecen en cierta manera reengendrados en la inocencia original. Añade el Padre Sebastian de Samartin, Superior que fue de aquellas Reducciones: Todo se puede sufrir por ellos, por el afecto que tienen à la Fè, à la devocion, y à lo que es Dios, ò de Dios. Pero mas por extenso habla el Padre Missionero de la Reducion de San Joseph, de la piedad de su Pueblo, en la Quaresma del año de 1705. No es facil de decir el fervor que estos santos dias mostraron los nuevos Christianos en las cosas de Dios: òan la palabra de Dios con gran gusto, y no con menor fruto, y compuncion, de suerte que me parecia estar entre Españoles muy piadosos. El Acto de contricion, que se usa al fin de los Sermones, le hazian con tanto sentimiento, que lloraban muchissimo. El qual mostraron tambien en la disciplina larga verdaderamente no poco, pero no tanto que satisfaciesse à su fervor; por lo qual costaba mucho el hazerles cessar, pidiendo à gritos misericordia à Nuestro Señor, y repitiendo fervorosissimos

mos

mos Altos de contricion, y propósitos de no ofender más à su Divina Magestad, principalmente en su innato vicio de la embriaguez, del qual, con el favor de Dios, se han olvidado totalmente. Pero donde se conocia mas claramente su piedad, y el verdadero dolor, y arrepentimiento de sus culpas, era en el Acto de la Confesion Sacramental, à que se llegaban llorando tan amargamente, que me sacaban lagrimas à los ojos, y me llenaban de increíble consuelo, dando gracias à la Divina Misericordia, que obra en gente, de suyo tan barbara, y nueva en la Fè, tan prodigiosos efectos. Así aquel Misionero, que profugue diziendo otras mil cosas de bondad; y devocion de sus Christianos, que sirven de no pequeña confusion, y rubor, à quien ha nacido, y vivido en el gremio de la Santa Iglesia.

Bien, que por lo que toca à la pureza de su conciencia, dan otros Misioneros relacion mas distinta, diziendo, que hazen mucho escrupulo de retener cosa agena, por pequeña que sea: que muchas vezes apenas se les halla materia suficiente para la absolucion: que luego que sienten el menor remordimiento de qualquiera culpa, por ligera que sea, y solo en apariencia à vezes, corren volando à llorarla delante de Dios, y pedir remedio à sus Ministros, aunque estèn actualmente ocupados en las labores del campo, ò de noche reposando; y singu-

lar.

larmente se refiere de vna buena muger, que pareciendole aun esto poco parte para mantenerse inocente, importundò tanto al Cielo con sus plegarias, para que la pusiesse donde estuviesse mas segura de manchar su alma, que al fin logró feliz despacho de sus suplicas: porque el dia solemne de la Ascension, assaltada de vn accidente casi repentino, recibidos todos los Sacramentos, fue por la muerte à gozar la gracia que deseaba. Ni esta inocencia es solamente de algunos, à quien Dios Nuestro Señor mira con ojos mas piadosos, y cuyas almas fortalece con mayor copia de bendiciones celestiales, sino que es comun en todas las Reduciones, à lo menos en lo exterior: porque algunos de los Régidores del Pueblo tienen por oficio sindicar las costumbres de los demás, y quando tal vez alguno, por sugestiones de la carne, se rinde al vicio sensual, vistiendole primero de penitente, le hazen confessar su culpa, y pedir perdon à Dios en medio de la Iglesia, de donde llevado à la Plaza, le azotan asperamente delante de todos. Pero no me causa tanta maravilla la penitencia que estos culpados hazen, siendo descubiertos por agenas diligencias, quanto la sincera confesion de vn Cathecumeno, y de vna India: Supo aquel, que vn Christiano avia sido castigado con el rigor que he dicho; y parecióle tan bien esta justicia, que instantaneamente suplicò, se vlassè con él, de semejan-



te castigo, porque yo, dixo, soy reo del mismo pecado; y la India, aviendo caído secretissimamente en vna fragilidad, no parò hasta que con gran sentimiento manifestó su culpa à los Regidores, pidiendoles con muchos ruegos, y suplicas, se executasse en ella el publico castigo, afirmando, que le movia à hazer esto la ofensa cometida contra Dios, y el no aver seguido los exemplòs de tantos, que avian resistido al incentivo de la carne con la consideracion de la presencia de Dios, que en todas partes asiste, con la memoria de las penas eternas del infierno, y con los otros medios, que les han enseñado los Padres. Y lo que es mas en vnos barbaros, hechos à vivir en su libertad, sin freno de castigos, y penas, que ninguno de ellos se siente de esta severidad, que se vsa para corregir sus deslizes. Mas lo que parece milagro, es, que los Chiquitos de tal fuerte han depuesto las enemistades con los confinantes, mamadas con la leche, fomentadas del genio, defendidas con las armas, y hechas implacables con la sangre derramada, que quando antes no podian sufrir ni aun ver à sus enemigos en el mundo, agora estàn con ellos en vna misma Reducion, viven en vna misma casa, y comen à vna mesa, convirtiendo los odios, y rencores en otro tanto amor de vnos con otros, como si no tuvieran otro Padre, que à Dios, y todos fueran vna familia de Jesu Christo. Esto pudo-

die-

diera parecer lo sumo de la virtud en vnos Christianos nuevos, si no huvieran pasado adelante à dexarse despedazar à gusto de los Gentiles, por no faltar, como à ellos les parecia, en vn punto à la Santa Ley de Dios. Oyeron ellos, que Dios mandaba, no se bolviessse mal por mal, y que à los vltrages, è injurias, aun en la vida, no se respondiessse sino con mansedumbre, y sufrimiento. A poco tiempo fueron algunos Neofitos (como adelante diremos) à buscar Infieles, para reducirlos al conocimiento de Dios, y encontrandose de improvizo con vna Rancheria, los Payfanos dieron sobre ellos con sus macanas, y flechas: pero los Christianos, aunque muy animosos, y bien pertrechados de armas, con que facilmente se huvieran podido defender, no obstante, por no hazerles mal alguno, se dexaron quitar las vidas. Otros, aviendo salido à otra empreffa semejante, ni aun quisieron llevar armas consigo; y entrando en vna tierra, enarbolaron en ella la Imagen de Nuestra Señora, exortando à la gente la hiziesse reverencia; pero la respuesta que tuvieron, fue ver caer sobre si vna tempestad de factas, de que muchos quedaron alli muertos. Supieron esto los Misioneros, y lloraron de consuelo, pareciendoles vn prodigio de la gracia, en vna Nacion tan soberbia, y vengativa.

Y à la verdad, afecto tan tierno à las cosas de

O 2

Dios,

Dios, horror tan grande al pecado, y à todo lo que huele à vicio, se debe atribuir à la santa vida que observan, y à los continuos exercicios de piedad, que todos indiferentemente, sin distincion de sexo, ni condicion, practican. Tres vezes al dia, al romper del Alva, à medio dia, y à la noche, juntos los niños, y las niñas, cantan à coros distintos gran numero de Oraciones, y decoran de memoria lo que el Misionero les ha explicado del Catecismo. Todos los dias de fiesta se junta el Pueblo à oír algun punto de la Doctrina Christiana, ò Sermon, despues de aver cantado solemnemente la Missa. Al levantarse, y acostarse, se encomiendan à Dios, à la Reyna de los Angeles, y al Santo Angel de la Guarda, con devotas Oraciones, que en bautizandose aprenden: de otras vsan al entrar en la Iglesia, y quando el Sacerdote eleva la Sagrada Hostia, ò el Caliz. Antes de sentarse à comer, echan en pie la bendicion; y fuera de esso, no comen ninguna vianda fuera de la mesa, sin que primero la bendigan con la Santa Cruz. Quando son admitidos à la participacion de los Divinos Mysterios, no es facil de explicar, con quanta devocion, y tiernos coloquios se llegan à comulgar, y quanto despues procuran mantener su coraçon puro, y limpio de toda mancha de pecado. Pudiera traer muchos exemplos en confirmacion de esto: pero por no causar fastidio à los Lectores,

me contentarè con referir vno solo. Descaban ciertos mozos recibir el Pan de los Angeles; mas el Padre les diò à entender, que no se lo concederia jamàs, si primero no corregian, y enmendaban cierta libertad, que tenia algun resabio de Gentilismo: ellos, sin otra diligencia, obedecieron luego; y aunque les costaba no poco, se enmendaron totalmente de la dicha costumbre. Preguntòles despues, si avian buuelto à recaer; y admirandose mucho, respondieron, que como era posible ofender à su Señor, despues de averle dado acogida en su coraçon. Pero quando estas Reduciones parecen vn Parayso (dize vn Sugeto que las ha visto) es por la noche, quando todos cantan las cosas de nuestra Santa Fè, puestas en cierto modo de musica muy llano: lo qual hazen los niños, y niñas en las calles publicas, al pie de las Cruces, y los hombres en sus casas, y en lugar separado las mugeres: despues rezan el Rosario, y concluyen esta devota funcion con cánticos en alabança de Christo Señor Nuestro, y de su Santissima Madre Nuestra Señora la Virgen Maria, à quien professan afecto ternissimo; no llamandola con otro titulo, que de Madre: todos los Sabados, y las visperas de las Festividades consagradas à su nombre, cantan la Missa à son de instrumentos musicos, quales se vsan entre ellos, y jamàs van à traba-  
jar al campo, ò buelven de su labor, sin que primero

entrén en la Iglesia à hazer oracion delante de su Imagen. Lo mejor de sus pobres haveres emplean en servicio de esta Señora, y quieren antes ser pobres, que faltar vn punto en su culto; y vna vez que vn Padre queria, que vendiessen la cera de las abejas llamadas *Opemús*, que es blanquissima, y la mejor, le respondieron resueltamente: No quiera Dios que se expendá en provecho nuestro lo que hemos ofrecido à su Madre Santissima, pues si nosotros nos privamos de esta cera por amor suyo, à ella le tocará socorrer nuestra pobreza. Finalmente, para vltima prueba de la devocion de estos nuevos Christianos, daré noticia de ciertas Processiones publicas suyas, las quales, si à algunos parecieren menudencias, de que no se debe hazer caso, digo, que en otros pudiera parecer asi, pero no en gente, para quien fue necessario vn Oraculo del Vaticano, para creer, que eran capaces de la Ley de Dios: Pues los primeros Descubridores de las Indias juzgaron falsa, y temerariamente, que no eran racionales, sino brutos, incapazes de razon; y fundados en este error los Españoles de la Isla de Santo Domingo, y las demás, teniendolos por animales, los cargaban tres, y quatro arrobas acuestas, los sacaban, y llevaban muchas leguas, y esta opinion se estendió despues, con harto daño de los Naturales, de fuerte que en Nueva-España,

juz-

juzandolos imprudentemente por bestias, con forma humana, los trataban como si lo fueran, negando por el consiguiente, ser capaces de la Bienaventurança, y de los Santos Sacramentos: y llegó à tanto esto, que obligò à Don Fray Juan Garcès, primer Obispo de Haxcala, Dominico, año de 1636. à escribir vna Carta, llena de piedad, y erudicion, informando la verdad al Sumo Pontifice Paulo III. quien con Breve, y Bula especial, definiò, y declaró à los Indios por hombres racionales, y capaces de la Fè Catholica, como todas las demás Naciones de la Europa, y de todo el Mundo: *Indos ipsos, vtpotè veros homines, non solum Christianæ Fidei capaces existere decernimus, & declaramus, &c.* Siendo, pues, tales los Indios, que ha avido quien los haga irracionales, aun à los menos barbaros; y siendo estos Chiquitos vnos de los de la classe de los mas barbaros (*P. Acost. in Proam. ad lib. de Procur. Indor. salute*, segun lo que enseña el Padre Joseph de Acosta, Don Juan Solorça no, *lib. de Politic. Indian. cap. 9. pag. 41.* y el Illustrissimo Señor Obispo de Quito D. Alonso de la Peña Montenegro, *lib. 2. del Itinerario in Prologo pag. 141.* y otros muchos Autores) nadie tendrá por cosa de menos monta,

Solorça no tom. 1. de *Lure Indianum* lib. 2.

Solorça no, *lib. 2. cap. 8. ex n. 79. & lib. 3. c. 7.*

estas

„ estas señales exteriores de devocion , que ya  
 „ refiero. La noche , pues , del Jueves Santo , des-  
 „ pues de aver oïdo vn fervorosiſſimo Sermon de  
 „ la Paſſion de Nueſtro Señor Jeſu-Chriſto , ſe  
 „ viſten vn habito acomodado à la triſteza de  
 „ aquel ſanto tiempo ; y para imitar al Redemp-  
 „ tor penando , llevan algunos acueſtas Cruces  
 „ muy peſadas , otros ſe ciñen de agudas eſpinas  
 „ la cabeza ; quien atadas atràs las manos , vñ ar-  
 „ raſtrando por tierra ; quien derecho con los bra-  
 „ zos eſtendiðos en forma de Cruz ; los mas ſe  
 „ azotan aſperamente con terribles diſciplinas :  
 „ cierra la Proceſſion vna tropa de niños , que  
 „ de dos en dos llevan los Instrumentos de la Paſ-  
 „ ſion del Señor. Deſpues al pie de vn devoto  
 „ Crucifixo , puesto delante del Santo Sepulcro ,  
 „ todos por ſu orden , con lagrimas de terniſſi-  
 „ mo ſentimiento en los ojos , le ofrecen los fru-  
 „ tos de ſus ſementeras , *llenandose entre tanto (di-  
 „ ze vn Miſſionero) de conſuelo nueſtros corazones ,  
 „ al ver poſtradas eſtas almas delante del Divino  
 „ Cordero , que las reſcatò con ſu Sangre ; las qua-  
 „ les poco antes andaban , como Fieras , deſcarria-  
 „ das , y perdidas por las Selvas.* La otra Proceſ-  
 „ ſion hazen el dia del Corpus , à la qual combi-  
 „ dan las Naciones confinantes de los Gentiles :  
 „ componen , pues , las calles , lo mas ricamente ,  
 „ que

que à ſu pobreza es poſſible ; y en lugar de tapi-  
 zes recamados de Oro , ò de colgaduras de Damaf-  
 co , adornan con ingenioſo artificio las fachadas de  
 las caſas , de ramos de Palma , hermoſamente en-  
 lazados vnos con otros : à las cabezeras de las ca-  
 lles levantan Arcos Triunfales , que viſten de quan-  
 to hermoſo , y florido ay en ſus huertas , y bos-  
 ques : lo mejor de los aderezos , y bordaduras , la-  
 bradas hermoſa , y delicadiſſimamente de plumas ,  
 lo pone cada vno delante de ſu caſa ; y à fin de  
 que todas las criaturas , aun irracionales , rindan  
 omenage , y tributo de reverencia al comun Señor  
 de todas , ſalen dias antes à caza de Pajaros , y de  
 Fieras , aunque ſean Tigres , y Leonés ; y bien ata-  
 dos , los ponen en el camino por donde ha de paſ-  
 ſar el Santifſimo Sacramento , y juntamente arro-  
 jan por el ſuelo el maiz , y las demàs ſemillas , de  
 que han de hazer ſus ſementeras , para que ſea ben-  
 dito de Dios , y las haga multiplicar à la medida  
 de ſu neceſſidad : pero lo mejor de eſta devotiſſi-  
 ma Fieſta es la terniſſima devocion , y fervor , con  
 que acompañan aquel trabajo à gloria de ſu Cria-  
 dor.

Y no piense nadie , que Dios Nueſtro Señor ſe  
 dexa (à modo de dezir) vencer de la piedad de eſ-  
 tos ſus nuevos Fieles ; antes bien parece , por decir-  
 lo aſi , que ha andado con ellos à competencia , de

fuerte que quanto ellos mas se emplean en su feruicio, tanto mas les retorna, y recompensa con beneficios; porque como por experiencia sabemos, suele ser sobremanera amoroso, y benefico en la primera formacion de aquellos, que escoge para cimientos de alguna nueva Iglesia entre Infieles, y vsa mas largamente en provecho suyo de sus bendiciones, no solo en las necesidades espirituales, sino tambien en las corporales. Perdianse vna vez los sembrados por falta de agua, y apenas la pidieron los Neofitos, quando rompiò el Cielo en abundantissimas lluvias. Hazia gran estrago en la gente del Pueblo de San Rafaèl vna pestilencia: corrió luego el Pueblo à la Iglesia à pedir à Dios misericordia, y al punto cesò el contagio, de suerte que ninguno de los tocados de el, murió en adelante, ni de los sanos enfermò alguno. Avia tambien aqui gran carestia de viveres, por cuya causa, algunas buenas mugeres representaron à Dios su necesidad, diciendo la vna: *Señor, y Dios nuestro Jefe-Christo, dadnos que comer, porque si no, nos moriremos.* Y otra: *Señor, queréis que me muera? Mirad que me estoy cayendo de hambre:* y aquel año fueron abundantissimas las cosechas. Avian de ir al Monte los Christianos del Pueblo de San Juan Bautista, à hazer provision de carne; pero por no averse concludido la fabrica de la Iglesia, se quedaron traba-

jando; por acabarla de fabricar con toda perfeccion, fiandose de Dios, que los proveeria, como de hecho sucediò, porque de alli à poco salieron del Bosque muchos Javalies en tropas; y para que claramente se conociesse, que era cosa de Dios, se pararon junto à la Reducion, para que la gente pudiesse à su salvo matar, los que eran suficientes, para socorrer à su necesidad. Pero seria nunca acabar, si quisièsemos referir vna por vna las finezas, que Dios Nuestro Señor ha vsado con ellos. Sea solamente vltima prueba de ellas, que estiman mas estos Neofitos vn Rosario, que qualquiera otra cosa, por hermosa, y preciosa que sea, y con razon, porque le sirve de vn seguro reparo, y escudo en las desgracias, y peligros, que encuentran en sus caminos: y los nombres Santissimos de Jesus, y de Maria los han librado muchas vezes de evidentes riesgos de ser hechos pedazos de las Fieras. Referirè vn solo caso, digno entre los otros de particular memoria. Andaba à caza por vn Bosque cierto Christiano llamado Diego, digno de ser nombrado, por la santa vida que observaba, quando de improvifo viò venir àcia si vna Tigre, que andaba tambien por alli à caza, y no se podia escapar el Indio, sin que ella le despedazasse; antes le acometiò con tan gran furia para despedazarlo, que no le diò lugar mas, que à invocar los poderos-

fos nombres de Jesus, y de Maria, à cuya invocacion la Fiera, que yà le tenia entre sus garras, le soltò, y se bolviò àcia atràs, sin hazerle otro daño, que vnos rasguños bien ligeros en la cara, y en los brazos, para memoria del milagro, y de el beneficio de aver recibido segunda vez la vida de mano de la Santissima Virgen; porque aviendo enfermado poco antes, y no podido sanar por mas medicinas, que segun la posibilidad se le avian aplicado, solo se afligia por no poder ayudar à la fabrica de la Iglesia: bolviòse por tanto à la Madre de misericordia, pidiendola con instancia la salud; y el dia siguiente, libre de toda enfermedad, se fue à trabajar à la obra, predicando con las palabras, y mucho mas con el exemplo, la devocion con la Reyna del Cielo. Esta merced fue en provecho de vno solo; pero otra fue hecha à vn Pueblo entero, en señal de agradecimiento. Retirabanse vna noche, acabado de rezar el Rosario, à sus casas, quando de repente descendì del Cielo vn globo de luz, que esparciò por el contorno sus rayos, y llenò à vn mismo tiempo sus coraçones de júbilo, y reverencia; y que esto fuese cosa mas que natural, lo demostraron los efectos causados en aquella Santa Christiandad.

Verdad es, que como siempre sucede, entre tantos buenos, no faltaban algunos malos, y perversos,

fos, que hazian mas aprecio del cuerpo, que del alma; pero Dios Nuestro Señor vsò con ellos del poder de su braço Omnipotente, yà ablandando durissimos pecadores con modos extraordinarios, y singulares, yà castigando tal vez con los azotes de su Justicia à los obstinados, que à buenas no se rendian, haziendo con esto, que otros que lo veian, abraçassen la Ley de Dios. Referirè aqui algunos pocos sucessos de estos, mas dignos de memoria. Y sea el primero vn cierto Indio, llamado Santiago Quiara, el qual, llevando mal el apartamiento de vna concubina suya, que avia dexado en el Bautismo, bolviò à admitirla en su casa. Pero luego le fue Dios à la mano con vna enfermedad, que privandole de la luz del cuerpo, desterrò de su alma las tinieblas del pecado. Hizieronsele, pues, dos nubes en los ojos, que creciendo poco à poco, le privaron totalmente del vso de ellos; y por mas que la caridad de los Padres se fatigò en aplicarle remedios, no pudo aprovecharle nada. Con esto entrò dentro de sí el doliente, y adivinando, que la causa de esta desventura, no era otra, que sus pecados, se bolviò, con mejor consejo, al Medico Divino, suplicandole vivamente le diesse remedio, no tanto à el, que no lo merecia, quanto à su familia, que al rededor de el lloraba, sin tener vn bocado de pan, que llegar à la boca. Estando vna noche en su

cafa examinando sus pecados, y pensando en las miserias de su vida, prorumpió en esta feryorofissima suplica à Christo Señor Nuestro, y à su Beatissima Madre: *O Jesus mio, tened misericordia de mi* (alsi puntualmente lo refirió èl à todo el Pueblo, à quien por orden de los Padres manifestó su milagrosa curacion.) *O Jesus mio, aunque no lo merezco, perdonadme mis pecados, y restituidme el uso de mis ojos: reconozco, Señor, y confieso, que este trabajo es justissimo castigo de mis culpas; pásame en el alma de averlas cometido, y propongo de nunca jamás volver à caer en ellas. Virgen Maria Madre de Dios, y mia, aplacad la indignacion de vuestro Santissimo Hijo, y alcançad à mi alma el perdón de mis pecados, y à mi cuerpo la vista perdida. O Dios, y Padre mio, moveos à misericordias, y pues podéis tan fácilmente, concededme la gracia que os pido, que yo prometo de jamás ofenderos en adelante, y de observar perfectamente, con la diligencia, que me fuere posible, vuestra Ley Santa.* Mientras alsi estaba llorando delante de Dios, oyò vna voz, como de quien estaba enojado, que hablaba con èl, y le dezia: *Por tu amancebamiento, y por las confesiones mal hechas, te ha sobrevenido esta desgracia.* Al oír estas palabras, que le penetraron hasta el alma, salió como fuera de sí, y en aquel punto se vió cercado de vna luz tan bella, que la del Sol en su comparacion era muy tenue, y despedia vna fragrança tan

suave

suave, è incomparable con ninguna cosa odorifera de la tierra, que manifestamente se conocia, que era don del Cielo: sus carnes se le pusieron tan delicadas como de vn niño recién nacido; y se movia con tanta agilidad, como si estuviera despojado de la pesada carga del cuerpo. Respondió entonces el hombre, deshaziendose en lagrimas de consuelo, y juntamente de dolor: *Confieso, Padre, y Señor mio, mis pecados, que dexè mi legitima muger, y me bolví à mi antigua amistad, de que fuertemente me pesa. Asì es* (oyò que le replicaban) *confessate, y haz penitencia de tus culpas.* Desapareció la vision; y buuelto en sus sentidos, se hallò perfectamente sano. Pero mirando la fealdad de su cuerpo, y la vileza de este mundo, comparada con lo que avia visto, y gozado, deseaba averse verdaderamente muerto, y no solo en apariencia, sino en realidad, para continuar en el gozo de tanto bien, y se ponía las manos sobre los ojos, que bellos, y claros avia recobrado, para que no fixassen la vista en las miserias de acá abaxo; y hasta oy dia, quando se pone à pensar en este su extasis, ò otro alguno se le trae à la memoria, no puede contener las lagrimas, y sollozos. Fue notable el fruto, que causò este milagroso suceffo: apenas quedó hombre de conciencia, que no ajustasse de nuevo todas las partidas con Dios, con vna confesion general: pero quien

quien experimentò mayores los efectos, fueron los dos Pueblos de San Joseph, y de San Francisco Xavier, que muchas vezes le avian consolado, y servido en aquella enfermedad. La mudança de vida, que hizo este afortunadissimo Neofito, fue la que se podia esperar de la gracia del Espíritu Santo, que le avia tan abundantemente entrado en su coraçon.

No fue menor el efecto (aunque si diverso el modo) de convertir à vn hechizero, y gran familiar del demonio. Este, pues, sacado del monte, donde vivia como bruto, por el infatigable zelo de el Padre Lucas Cavallero, apenas avia puesto el pie en la Reducion de San Joseph, quando cayò enfermo; è imaginando, que aquellos dolores eran otros tantos lamentos, y suplicas de su alma, hambrienta de los placeres, y deleytes passados, se condenò à si mismo de demasiado ligero, y poco à poco se bolviò à sus pensamientos antiguos, y en sus deseos se bolviò infiel en su coraçon, ò por mejor dezir, bestia. Una noche, pues, ardiendo mas en tales deseos, que con la fiebre que interiormente le abrasaba, sintiò que se acercaba vna como multitud de gente, que hazia gran estruendo, y ruido, y era vna quadrilla de demonios, que huia de la Iglesia, maldiciendo aquel Santo lugar, y à los Neofitos, que en èl se estaban disciplinando; y llegando se à

su choza, le dixeron: *Mira, mira como se azotan los Indios: no ves con quanta razon te predicamos, que no te dexes engañar de las patrañas de estos malvados (de quien lo por los Padres:) librate tu de esto, bolviendote à tu bosque, porque si no, descargaremos sobre tus espaldas los mismos azotes.* El Indio enfermo no viò à los demonios, sino solo vna sombra espantosa, de donde salia tan perversa admonicion. Pero erraron esta vez, como otras muchas vezes, sus tiros los demonios, porque en lugar de salir con sus intentos, perdieron la presa: llenòse el miserable todo de pavor, y miedo, porque el corazon le dezia, que esta era cosa del infierno, y no sabia como echarlos de si: avia oido dezir, que los dulcissimos nombres de Jesus, y Maria tenian poder contra esta canalla; pero no se le ofrecian à la memoria, hasta que despues de mucho trabajo se le ofrecieron, y los pronunciò: entonces los demonios, como si se viniessse abaxo toda la casa, huyeron con gran furia, y èl, curado en el alma de sus liviandades, entrò por el camino de la salvacion, con mas firmes propositos, y mas sesso que antes; y con tal mudança, y arrepentimiento de sus yerros, que estando aun con la fiebre, se levantò de la cama, y fue corriendo à echarse à los pies del Padre Cavallero, y con mas lagrimas, que palabras, le pidió el Santo Bautismo.



Estos dos casos, que he referido, no fueron mas que visiones, vna de consuelo, y otra de terror, para mejorar en el alma à los dos, à quien se mostraron. Mas caro les costò à los dos siguientes el obstinarse contra las saludables admoniciones de los Misioneros. El primero, Christiano recién bautizado, enfadado de vivir como hombre, y en la Ley de Christo, en el Pueblo de San Rafàel, se huyò entre los Infieles; y como es tan violento el vivir sin ningun gusto, no gustando èl yà mas de Dios, le fue facil al demonio inducirle à tomar otro deleyte, y le ofreciò al punto ocasion comoda, y oportuna en vna muger de mala vida, con quien avia estado mal amistado en su Gentilidad. El Misionero de aquella Reducion, que con sus sudores avia ganado aquella alma para Dios, embiò al punto tras èl algunos fervorosos Christianos, que aviendo alcanzado en vna Rancheria de Infieles, le convinieron con la promessa que avia hecho à Dios en el Bautismo, y con la palabra que avia dado à los Padres de quedarse en el Pueblo de San Rafàel. El, dissimulado, los recibì con vna falsa alegria en el semblante, y con palabras fingidas, que yà tenia premeditadas; y, ò porque esperasse apartarlos de la Fè, y hazerlos renegar, ò porque pensò por entonces contemperizar con ellos, les quiso prevenir vn esplendido banquete: para esso se fue à

caza: y aviendo muerto vn animal, mientras alegre, y contento pensaba como llevar al cabo su designio, oyò hazer gran ruido detràs de sí, como de quien queria embestir à otro: helòsele la sangre con el susto al miserable; y tenia razon, porque era vna vivora de desmedida grandeza, que venia à dar sobre èl, y matarle: buuelto en sí, y cobrando aliento, levantò la macana, y la detuvo con vn golpe. Irritada de esto la vivora, procurò con mas furia agarrarle por el pescuezo: retiròse èl àcia atràs, queriendo evadir el salto con otro golpe; mas por su desgracia se le cayò de la mano la macana, y con ella aquel poco de animo, que en tan peligroso lance le alentaba: pero como el amor de la vida es muy ingenioso en hallar trazas, y valerse de todo para mantenerla, echando mano al arco, y al carcax de las flechas, que traia atados à la cintura, se reparaba lo mejor que podia, de la furia de la bestia: sudaba mucho entre tanto, daba altísimos gritos, y pedia socorro; pero en vano, porque no avia nadie, que pudiesse ayudarle: por lo qual, desesperado de poder escapar con la vida de tan obstinada contienda, no teniendo mas fuerças para resistir, queria yà rendirse à discrecion del enemigo, à no aver sucedido, con gran ventura del miserable, que tirando la vivora à cogerle por la garganta, diò con la suya sobre la punta de vna sac-

ta, y se hirió malamente, con que acobardada, y cansada, se parò algun tanto, y diò tiempo al Apostata para salvarse huyendo; el qual, casi fuera de sí, llegó à la Rancheria, y referido el suceso, los Infieles le interpretaron, como les hazia mas al caso: pero los Christianos mas advertidos, adivinaron sabiamente, que esto le avia sucedido, no tanto para peligro del cuerpo, quanto para aviso del alma, segun su necesidad; porque llamado, y admitido de Dios à ser su hijo por el Santo Bautismo, le avia despues feamente dexado, bolviendose à vivir entre Gentiles. Quadrà à todos la interpretacion, pero singularmente al Apostata, à quien el remordimiento de la conciencia le dezia lo mismo à su coraçon con mas eficacia: por lo qual, sin detenerle, fue con todos los Infieles, que alli avia, derechamente à San Rafaël; estos para alistarse en el numero de los Cathecúmenos, y aquel para enmendar, y satisfacer con la penitencia su pecado, como lo hizo, viviendo de alli adelante en temor de Dios, y con honestidad exemplar.

Mas terrible aun fue el modo con que otro entrò en juicio, y cobrò aprecio de las cosas de su alma. Avia se reducido à nuestra Santa Fè, en el Pueblo de San Joseph, yn Gentil, y en el Bautismo avia dexado vna amiga, con quien antes avia vivido en el cieno de muchas deshonestidades: pero duròle

poco tiempo este buen proposito, y este retiro, y resistencia à los placeres, y gustos de la carne: porque aviendose encontrado con la amiga antigua, su vista le abrasò otra vez el coraçon, y le encendió los deseos primeros: despues, para que ninguno le fuesse à la mano en sus deshonestidades, tramò secretamente la fuga con otras tres mugeres de sus mismos intentos, y se escondió en vn Bosque, de fuerte, que por mucho que otros Indios de mejor conciencia los buscaron, por orden de los Padres, jamás le pudieron encontrar. Entònces vno de los Padres Misioneros echò de ver, que aquel no era mal, que se avia de curar fino con el remedio de algun extraordinario auxilio de la Divina misericordia. Por esto empezó à llorar amargamente por aquel ciego miserable: y tantas suplicas hizo à la Beatissima Trinidad, y à la Reyna del Cielo, y à las Santas almas del Purgatorio, que se le cumplió su deseo con modo bien singular, porque mientras èl festejaba sus brutales deshonestidades, estando el Cielo serenissimo, sin la menor señal de tempestad, estallò vn terrible trueno, en medio del ayre, y tras èl se despidió vn Rayo, que vino à dar à sus pies: y el Indio, ò por la furia del Rayo, ò por el miedo que tenia, cayò en tierra como muerto. De aqui buuelto en sí, despues de gran rato, y abriendo los oidos à aquel llamamiento de Dios, lleno

de susto, y pavor de que no le sucediese cosa peor, se dió à llorar amargamente su pecado; tomò en las manos el Rosario, que traía al cuello, empezó à pedir piedad, y misericordia à Dios, prometiendo ser totalmente otro en adelante, constante, y leal en su servicio; y al punto puso en execucion su proposito, retirandose al Pueblo de San Francisco Xavier, porque no tuvo animo de bolver à San Joseph; y porque la vista de su amiga no le despertasse el apetito, Dios se la quitò de delante con vna enfermedad, en que arrepentida de sus culpas, y deshaziendose en lagrimas de contricion, y arrepentimiento, sin permitir que jamás entrasse su galàn en su Rancho, pasó con grande esperanza de su salvacion à la otra vida: con que ella difunta, bolvió el à su Reducion, donde comenzó nuevas obras, y entablò nueva vida, que prosiguiò con tanto contentò, y gozo de su espíritu, que jamás en adelante bolvió à los torpes, y brutales gustos de la carne.

Pasemos agora à referir otros, à quien Dios Nuestro Señor con doblado, è irremissible castigo, puso por exemplo, y terror de los demás, quitandoles la vida temporal, y la comodidad de conseguir la eterna. Tocò en primer lugar esta infeliz fuerte à vn mancebo, de Nacion Peta, que estaba de mala gana en el Pueblo de San Juan Bap-

tista,

tista, en quien por mas que la caridad de los nuestros, y sus saludables amonestaciones, y consejos, procuraron ablandar la dureza de su coraçon, no aprovecharon nada, para que se quedasse alli; antes, por no ser detenido, se huyò secretamente, quando el Pueblo asistia en la Iglesia à los Divinos Oficios. Mas no tardò mucho en venir sobre el la Divina Justicia, que le esperaba en vn desierto solo, sin que huviessè à quien bolver los ojos: alli, pues, se le hinchò disformemente vna rodilla, y se le empezó à pudria, criando materia, y gusanos, y echando vna hediondèz intolerable, con que rabiando de dolor, murio, sin tener quien le diessè aun la sepultura de las bestias, yà que avia ido como vna de ellas: y claramente conocieron todos, que esto le avia sucedido en pena de su obstinacion: porque por mas apriessa que fueron algunos Neofitos à socorrerle, no llegaron à tiempo, y sirvió su desgraciada muerte, para que ninguno en adelante sacasse el pie de la Reducion, sin aver ajustado antes con Dios las partidas de su conciencia, y pedido la bendicion à la Santissima Virgen. Aun peor le sucedió à vn hechizero, gran ministro del demonio, en el Pueblo de San Francisco Xavier, pues los mismos Christianos le mataron à palos, porque con sus mentiras, y patrañas no dexaba de molestar al sencillo Pueblo, y

def-

desacreditar, y vituperar la santa, è inocente vida de los Misioneros, ni le valió la autoridad de los Padres que le sufrían con paciencia, y le avian librado dos vezes de la furia del Pueblo; porque mientras vn dia, montado en colera, vendia por misterios las fantasias, y por verdades los sueños de su mala cabeza, à ciertos nuevos Christianos, y desfogaba su colera contra los Padres, con palabras injuriosas, y de escarnio: dezia cosas tan indignas, que à vn Cacique principal, Christiano de muchos años, no le pareció que se podían ya sufrir: por lo qual, poniendose delante de èl, le quitò la gana de predicar mas, y de vivir, quebrandole los dientes en la boca, y los sessos en la cabeza con vn palo. Acabare esta funesta narracion con vn espantoso suceso, que por mucho tiempo quedò en la memoria, para terror, y exemplo de toda aquella nueva Christiandad.

Phelipe Motorè, Tabica de Nacion, vencido de las continuas sugestiones del demonio, y de la carne, bolviò publicamente en casa de vna amiga, dexando à su muger, sin reparar, ni hazer escrupulo de tenerla publicamente, como si fuesse su propria muger. Desagrado esto indeciblemente à todos, singularmente à los Padres, que veían con tal exemplo abierta la puerta, para que otros hiciessen lo mismo; y que por mas que huviesse

bajado, y sudado, en desarraigar tal abuso, y establecer el nudo indissoluble del matrimonio, se destruiria en breve; y como sucede entre barbaros, que el Pueblo indomito se va en pòs de quien tiene entre ellos alguna soberania, y preeminencia, le seguirian todos. Pero Dios Nuestro Señor tomò por su cuenta el remediar este escandalo, y no tardò mucho en darle su merecido, quitandole de alli à poco la vida, y arrojandole al Abyfmo, reparando juntamente los daños, que pudieran aver causado, y causaria en adelante. Mientras que alegre, y contento saltaba de placer, y hazia fiesta por este su perniciosissimo escandalo, le empezó à correr por las venas vn humor pestilente, y se le encendiò vna fiebre ardentissima, que en pocos dias le conduxo à las puertas de la muerte. Acudieron los Nuestrs à visitarle, persuadidos à que tambien à este, como à otros, la tribulacion le avria abierto los ojos, para arrepentirse de su pecado; pero sorprendido de vn accidente, y sintiendo que se le acababa la vida, llamó à sus parientes, y amigos, y les dixo: Verdaderamente, hermanos mios, que soy desgraciado, è infeliz, pues por mis delitos passados estoy condenado à arder para siempre en las penas eternas del Infierno. Mirad à los demonios, que vienen à llevarme arrastrando, para que sea su compañero en las penas, como lo

fui en los pecados. El no aver dado credito à los sabios consejos de los Misioneros, y el admitir de nuevo publicamente la amiga, son la causa de esta mi sempiterna desventura: oíd vosotros de buena gana la Santa Doctrina, y poned en execucion, quanto en bien de vuestras almas se os enseña, para que no vengais conmigo à llorar inconsolablemente en el Infierno aquellas culpas, y yerros, que para borrarlos no me ferà bastante vna eternidad de suplicios. Afligidísimos quedaron los circunstantes: y aquellos à quienes la deshonestidad, y la dissolucion, les dezian en el corazon, que eran dignos de semejante fin, se helaron de pavor, y susto. Otros creyeron, que con la enfermedad maligna que tenia, avia delirado de aquella suerte, y por esso le llevaron à la Iglesia, en donde celebradas las exequias, le enterraron. Pero Dios Nuestro Señor diò bien presto à conocer, que aquellas palabras no avian sido delirios de vna cabeza devanecida, sino vna sincera confesion de la justa vengança del Cielo. Porque à pocos dias vieron salir de la Iglesia en grandes nublados, vn humo negro, y denso, que parecia se abrasaba toda ella. Acudiò luego toda la gente à apagar aquel que creian incendio; y registrando de donde salia aquel humo, vieron, que le arrojaba la tierra, que estaba sobre el cuerpo de aquel desdichado: por lo qual

qual echaron sobre el agua en grande abundancia: pero què sucederia? Començò à bullir la tierra, y à levantarse, arrojando fuera vna espesa, y espantosa niebla, que parecia se abrasaba todo el Lugar, y que alli estaba escondido, y oculto vn gran volcàn de llamas. Portanto, abierta la sepultura, se hallò el cuerpo sin la menor corrupcion, como si aquella tierra bendita rehusasse mezclarse con aquellos miembros, cuya alma era vn tizon del Infierno: pero exalaba el cuerpo vn espantoso, y hediondo humo, con que se veia bien claro, que era cosa mas que natural. Por lo qual, sacado fuera el cadaver, le arrojaron en vna Laguna, la qual tambien començò luego à moverse, y bullir, como si alli se abrasasse algun hierro ardiendo. Aterròse no poco el Pueblo con tan funestos accidentes, y por mucho tiempo no se habló sino del infelìz Phelipe Motore, ni les fue necesario à los Padres cansarse mucho en predicar la honestidad, y perseverancia en los Matrimonios. Curiosos despues los Indios de saber à donde avia ido à parar el cuerpo, le buscaron dentro del agua, pero por mas que registraron toda la Laguna, nunca jamás le pudieron encontrar, dando con esto motivo, para congeturar prudentemente, que fue sepultado en los Abyssos, para hazer compania en las penas al alma, yà que la avia in-

citado, y hecho participante de las brutales torpezas de la carne.

Passemos yà de materia tan funesta, y describamos por vltimo vna vision, que tuvo vn Neofito, por la qual mejoraron increíblemente las cosas de esta Christiandad, y fue mas gustosa, que todo quanto he dicho hasta aora. Para lo qual me serà preciso interrumpir à ratos brevemente la narracion, para inteligencia de las cosas, que en ella se infinúan, y la referirè por extenso, como puntualmente la escribieron à su Provincial los Padres Lucas Cavallero, y Phelipe Suarez. Un Christiano, llamado Lucas Xarupà, assaltado de vna fiebre maligna, le reduxo en pocos dias à los vltimos periodos de la vida: à este tiempo le sobrevino vn fortissimo parasismo, que le privò totalmente del vfo de los sentidos, sino es yà que (como el afirmò) murió verdaderamente. Salida el alma del cuerpo, le fallieron al encuentro dos, con semblantes de hombres, que le combidaban à que fuesse con ellos à otro País. Paròse vn poco, temiendo no fuesse demonios; pero observando las facciones de sus rostros, la belleza de los vestidos, y de las cruces, que traian en las manos, y la afabilidad de sus palabras, creyò que era cosa del Cielo: por lo qual, perdido el miedo, se fue tras ellos por vna cuesta empinada, por la qual se montaba à vnas altas cumbres:

la senda era estrecha, dificil, y sembrada toda de abrojos, y espinas, texidas entrè si à manera de Cruzes: por lo qual era menester caminar con tien-to passo à passo, para no maltratarse; y huviera desfallecido, por la pena, y dolor, que sentia en pisar las espinas, si sus guias no le huviesse alentado, y confortado con la amabilidad de su vista, y con la luz que echaban de si: llegò entre tanto à donde por la mano izquierda avia vn camino real, ancho, y llano, y bellissimo à la vista, por su verdor, hermosamente esmaltado de todo genero de flores. Qui-so seguir este camino, mas sus conductores le advirtieron, que mirasse donde iba à parar aquella hermosura, y viò, que iba à rematar en ciertas profundidades, y altissimos precipicios, de donde salian disonantissimos gritos, y vozingeria, de fuerte, que se persuadiò estaban celebrando alli sus Payfanos algun solemne banquete; pero bien pres-to le sacò del engaño vna quadrilla de demonios feissimos, con terribles semblantes, y descompasados movimientos del cuerpo: vnos con cara de tigres, otros de dragones, y cocodrilos, y algunos con apariencias de tan monstruosas, y terribles formas, que no sufria el animo mirarlos: echaban todos por la boca, y por las otras partes del cuerpo, llamas de color negro, y espantoso, y gritando; y discurriendo de vna parte à otra, remedaban las

danças, y bailes de los Indios, hasta que agarrando se del pobre Neofito, que estaba todo temblando, creyendo que aquella fiesta era por èl, hizieron gran fiesta, gritando: *El, èles, Xarupà nuestro amigo, que antiguamente era nuestro devoto, y usaba de los hechizos, y maleficios, que enseñamos à sus abuelos.* A tales cortesias se le recrecia el susto de que no le asiesen, y echassen mano de èl, para llevarsele al infierno. Pero los Angeles le aseguraron de que no offarian moverse, ni menearse contra èl. Entonces saltò fuera de enmedio de aquella canalla vn cruelissimo verdugo, arrastrando vn condenado como à vn vilissimo jumento, atadas las manos, y los pies con cadenas de azero ardiendo: traìa à la garganta vn collar ancho de hierro, que le forçaba, mal de su grado, à tener derecha la cabeza, para su mayor confusion, y verguença: daba en tierra à cada passo, por la violencia con que el inhumano verdugo le tiraba; pero los demonios, que venian detrás con vna tempestad de azotes, que llovian sobre su cuerpo, y con otras cruelissimas befas, le obligaban à caminar. Daba entre tanto el miserable horribos gemidos, y suspiros, maldiciendo su desventura, y lamentandose desesperadamente. Ardía todo en vivas llamas, como tambien el demonio que le tiraba, el qual traìa à la cintura, en señal del oficio, vn grande haz de vivoras, que le des-

pedazzassen; y buuelto à Lucas, con fieteza propia del infierno, le dixo: *Tambien tu alguna vez te entendias conmigo, y eras de mi servicio: siento mucho, que me ayas dexado, vinieras aora à cortejarme, si estos Padres no huvieran venido à tu Rancheria à predicar la Ley de Christo: no lo puedo sufrir: no hazen otra cosa mas, que hablar mal de mi, y de mis cosas. Pero no, no todos los Paysanos han de ir al Cielo, muchos aun duran en mal estado, y obstinados en sus costumbres Gentilicas. Me atraviesa el coraçon verme forçado à venir aqui, para que tu veas nuestras miserias, y de què suerte es el galardon que damos à los que siguen nuestro partido, y tu vayas despues à contarlo, porque en adelante perderemos el credito, y los tuyos, dexados los vicios, y supersticiones, abrazarán la nueva Fè; y si tu à esta hora no huvieras tomado esta resolucion, fueras aora compañero de este que tengo aqui en mi poder. Mirale, mirale, le conoces?* Tenia tan demudado el semblante, feo, y hecho vn tizon de fuego, que mal le podia conocer; pero finalmente, despues de fixar muchas vezes en èl la vista, reconociò quien era. Este es (le dixeron los Angeles) Antonio Tapòchì, que ni aun en la hora de su muerte se quiso arrepentir, y por mas que los suyos le exortaron à que mirasse por su alma, y se dispusiesse à bien morir, nunca quiso darles oidos, y echaba de sì con enojo, y despecho, à quien le anima-

ba à que pidiesse perdon à Dios, y llorasse, y confesasse sus culpas. Entonces el desgraciado Antonio, dando vn profundo suspiro, y bolviendose à Lucas, le hablò de esta manera: Ay desdichado de mi, que no quise creer à los Padres! Què penas, què dolores, què grandes, è insufribles tormentos padezco, por aver ofendido à Dios, sin hazer caso de su Doctrina, y de sus Ministros, que la predicaban! Estos suplicios no han de tener jamás fin! He de padecer, y llorar eternamente, sin esperança de alivio! Felices mil vezes vosotros, que podeis esperar la eterna Bienaventurança, y libraros de este infinito pielago de amarguras, y de las manos de los verdugos, peores que las mismas penas! Esto que vès del desventurado fin de este desdichado ( le dixeron los Angeles ) referelo à tus Paysanos: y diles, que tambien està en el infierno el Cacique Miguèl Motaqui ( era este de Nacion Piñoca, y de los primeros que sujetaron la cerviz al yugo de Christo; pero enfadado de vivir con las reglas, y leyes de Christiano, se huyò entre los Gentiles, llevando consigo sus hijos, y muger: la qual, no pudiendo hazer por entonces otra cosa, le siguiò: bolviòle de nuevo à San Francisco Xavier el Padre Lucas Cavallero, pero siempre perseverò èl en sus primeros pensamientos, y en el coraçon era Gentil, aunque en la apariencia se mostraba hombre Chris-

tiano. En la vltima enfermedad recibì los Santos Sacramentos, por no dar que dezir; pero en la agonia mostrò, que assi como avia vivido como bestia, tambien como tal queria morir) tambien se condenò el malvado hechizero Podò, el qual està en lo mas profundo del infierno, atormentado horriblemente por dos demonios, que fueron sus inseparables compañeros mientras vivió, y por instigacion suya pretendió desacreditar la buena fama de los Padres, y vituperar la Santa Ley de Dios, incitando à los mas Neofitos que podia, à apostatar, y bolver à sus antiguos vicios.

Dà tambien noticia à los tuyos (prosiguieron los Angeles) de aquellos que se han salvado, y gozan aora de la eterna Bienaventurança en el Parayso. Salvòse Andrès Zurubi, que despues de tres dias de Purgatorio, volò al Cielo: (viviò este Neofito vna vida exemplarissima: en las privadas disciplinas de los Viernes, y en las publicas, que en ciertos dias del año, en las principales solemnidades, se hazen por las calles, era el primero en la frecuencia de los Sacramentos, en las Oraciones en la Iglesia, y al pie de las Cruces, continuo: lloraba tan amargamente sus pecados, que no pocas vezes sacaba lagrimas à los ojos de los Misioneros: llevò la vltima enfermedad con grandissima paciencia, mostrando en ella grandes, y encendidos



deseos de morir, para ver à Christo Señor Nuestro; sabiendo el buen trueque, que muriendo hazia, cambiando esta breve, y miserable vida por la eterna, y bienaventurada. Estando à los vltimos, le embiò vn Padre la Imagen de San Francisco Xavier, para que le pidiesse la salud: pero èl, en lugar de pedirle la vida, le suplicò, que si aun no se le avia llegado su hora, le alcançasse luego de Dios se le llegasse; y en efecto fue al punto oïdo: porque mientras explicaba al glorioso Apostol sus deseos, placidamente espirò: y preguntado el niño, que le avia llevado la Santa Imagen, como estava el enfermo, respondió llorando, que yà avia muerto; y con vn modillo, à manera de quien estava enojado, añadió: Y como no avia de morir, si pidió el ir à ver à Jesu Christo, y à su Madre Santissima? Vive tambien (le añadieron sus guias) en la Celestial Jerusalèn, con nosotros, Agustin Zurubi, y su buena muger, por medio de los grandes, y ardientes deseos, que tuvo siempre de ver à Dios: (era el Agustin Christiano de buen coraçon, devoto, humilde, obediente, y de conciencia delicada: assaltado de la vltima enfermedad, gastaba el tiempo solamente en rezar el Rosario, y en tiernos coloquios con Dios, y con la Reyna del Cielo; y en la hora de su muerte viò algunos Espiritus bienaventurados, que le combidaban al Parayso; de lo qual diò

aviso èl à vn compañero suyo, y con los nombres de Jesus, y Maria en la boca, entregò el alma à su Criador. La muger, desde que recibió el Santo Bautismo, vivió como vn Angel, y el Confessor no hallaba en ella materia de que absolverla.) Exorta à tus Payfanos (prosiguieron los Angeles) que tengan gran respeto, y reverencia à los Misioneros, Ministros de Dios, y à que depuestas, y olvidadas las discordias, y rencores, se amen como buenos Christianos. Explica al Pueblo la terribilidad de los suplicios eternos, porque no pocos perseveran todavia obstinados en sus vicios, y se hazen sordos à los avisos de los Padres, y al llamamiento de Dios. Di, que se mude quanto antes la Reducion à parage mas vecino, y cercano à los Infeles, porque Jesu Christo, por la desobediencia de los tuyos, ha embiado aqui la peste, y nunca cessarà, hasta que os rindais de buena gana à su voluntad: pues es cosa fuera de razon, que los Obreros Evangelicos pierdan el tiempo en cultivar pocas almas, mientras se pierden tantos millares por falta de quien les enseñe el camino de la salvacion. Di à los Christianos, que fueron à anunciar el Nombre de Dios à los Infeles, que su Mision agradó mucho à Jesu Christo, y que por los trabajos, è incomodidades, que en ella sufrieron, les tiene prevenido en el Cielo vn premio incomparable: que no teman na-